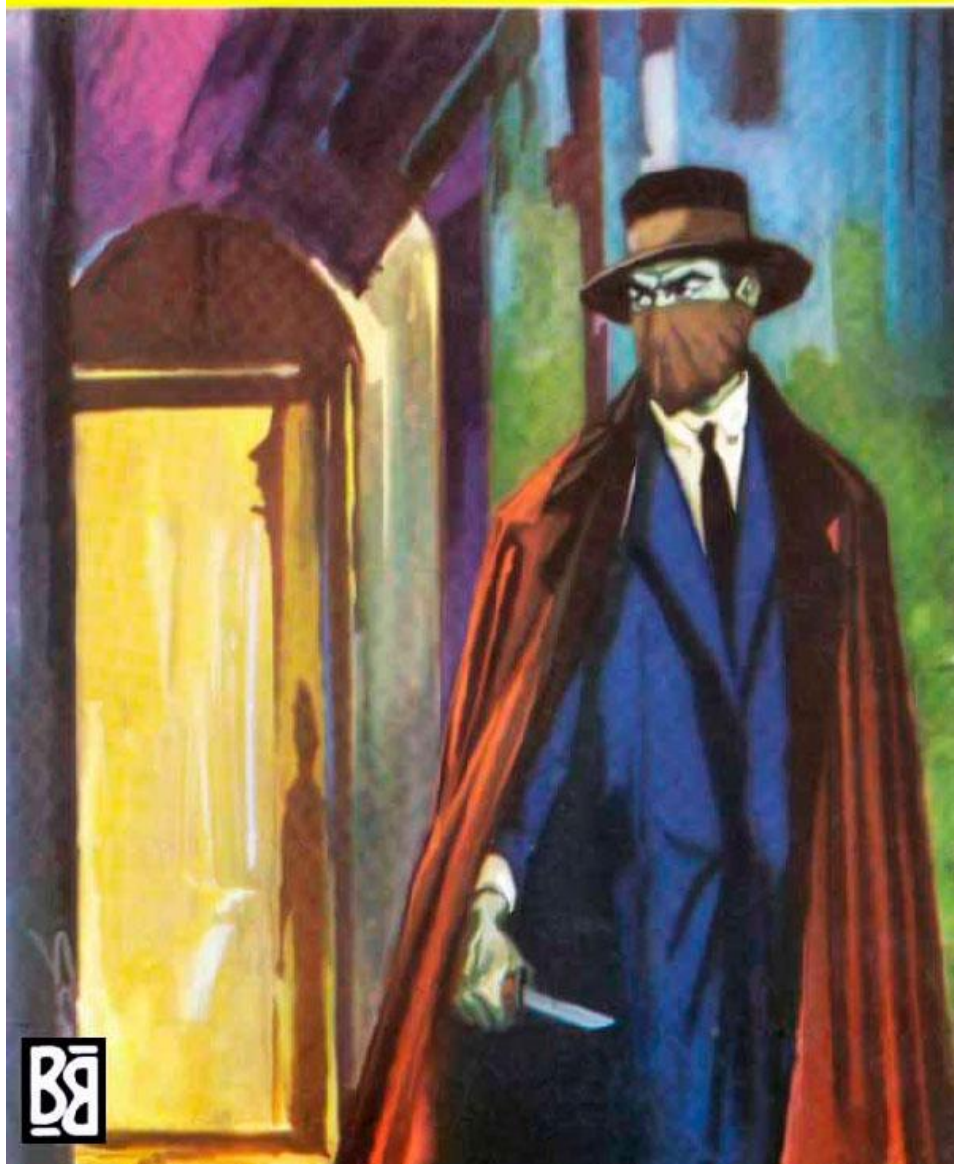


PUNTO
ROJO

vuelve a la tumba, cadáver

louis g.milk



BR

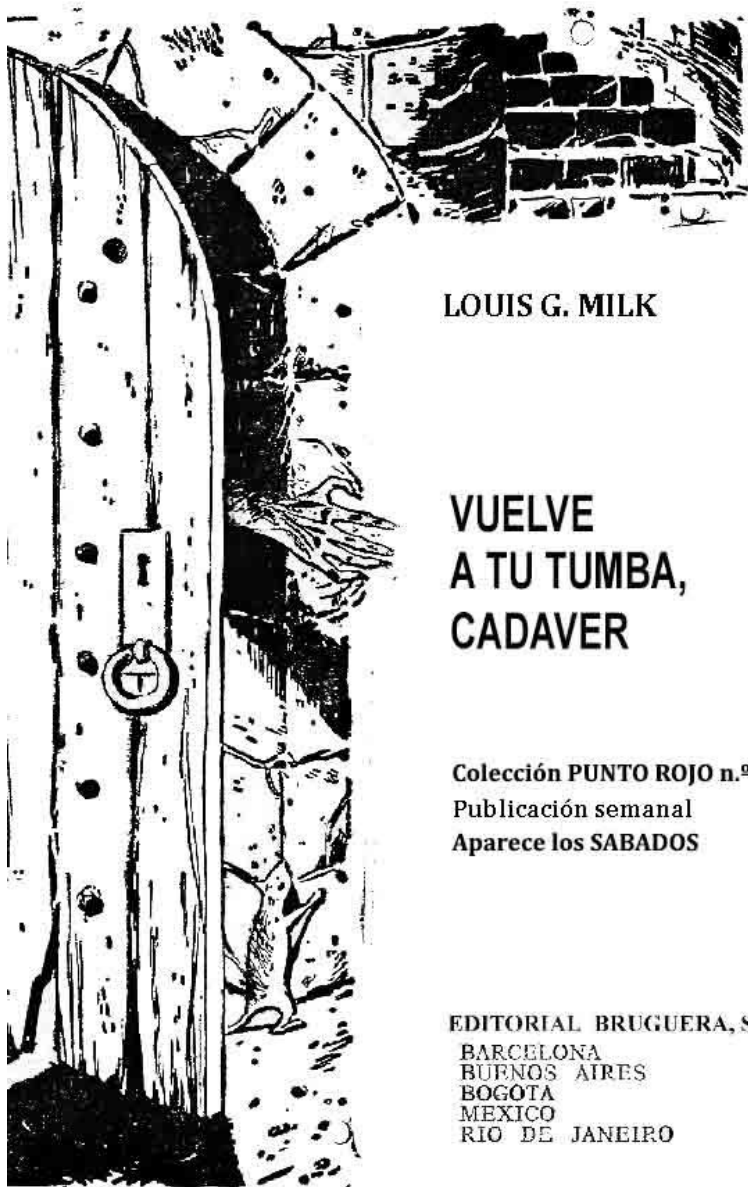
VUELVE A LA TUMBA, CADAVER

PALLINA ENDICOTT



KEVIN RUFFER





LOUIS G. MILK

VUELVE A TU TUMBA, CADAVER

Colección PUNTO ROJO n.º 205

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Déposito legal: B 1.041 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo 1966

© LOUIS G. MILK - 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966
sobre ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 381/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

778 — Los diablos fugitivos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

103 — Verdugo sin trabajo.

En Colección PUNTO ROJO:

196 — El brazo del destino.

En Colección BUFALO:

601 — «Fuerte desesperación».

En Colección CALIFORNIA:

451 — La última palabra.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre temblaba como un azogado, gemía y sollozaba.

—¡El era mi mejor amigo! —se lamentaba Manny Grant—. No sé cómo ha podido ocurrir esta desgracia...

El policía de tráfico tomaba notas en su libreta, con gesto impasible las luces destelleantes del coche rasgaban la oscuridad de la noche con rápidas puñaladas rojas y blancas.

Manny Grant tuvo que apoyarse en el coche policial, para no caer al suelo. El otro agente de tráfico cubrió con una lona el cuerpo ensangrentado que yacía en medio de la calzada.

Caía una fina llovizna, que brillantaba y pulía el negro asfalto de la autopista. Mientras Jimmie Doren tomaba notas, tras haber llamado a los servicios médicos, su compañero Donald Lansher, con una lámpara portátil en la mano, hacía señales a los demás vehículos para que siguieran circulando y se desviasen a marcha moderada.

—¿Y dice usted que no lo vio hasta que fue demasiado tarde, señor Grant? —preguntó el agente de tráfico.

Grant asintió con un hipido.

—Sí... Yo regresaba a mi casa, cuando de pronto... vi un hombre que salía bruscamente de detrás de ese coche —respondió con voz entrecortada—. Imagino que debió haberse parado por avería... de otro modo, no comprendo cómo pudo haberse detenido en la carretera, teniendo mi casa tan relativamente cerca...

—¿Vive usted en las inmediaciones, señor Grant?

—Sí, a unos dos kilómetros de aquí, en una propiedad que se llama «Endicott House»... Se llega mediante un camino particular, que parte de esta misma carretera...

—Siga con los detalles del atropello, por favor —rogó el policía.

—Bien, no... no hay mucho más que contar... El hombre surgió de delante del auto que está ahí parado, de una forma inopinada... Yo rodaba a unos ochenta kilómetros a la hora...

El segundo policía miró a su compañero y movió la cabeza afirmativamente.

Grant decía la verdad; podía comprobarse a simple vista, por un experto, por las huellas de los neumáticos al frenar, que aún no habían sido borradas por la llovizna.

—Es una velocidad permitida en esta zona —dijo el jefe de pareja, Doren—. Continúe, señor Grant.

—No tuve tiempo de esquivarle, de verdad... Sentí un golpe tremendo y apliqué los frenos... pero ya era tarde. Me apeé del coche, para ver de prestarle algún auxilio... y entonces me encontré con la enorme sorpresa de que era mi mejor amigo, Peter Vorson...

Grant sufrió un tremendo estremecimiento y se tapó los ojos con las manos.

—Mi mujer se llevará una tremenda impresión cuando lo sepa... —añadió—. Vorson estaba invitado a cenar con nosotros esta noche, pero, de verdad, no comprendo cómo pudo cometer semejante imprudencia... Si tenía el auto averiado, la distancia no era tan grande...

—A lo mejor, con la oscuridad de la noche, creyó que estaba más lejos —sugirió uno de los policías.

—Tal vez, no lo sé —respondió Grant—. Pero no lo sabemos... ni lo sabremos nunca... Yo creí que me iba a caer redondo; ¡matar a mi mejor amigo! —Se limpió los ojos con un pañuelo—. Aún no sé cómo encontré fuerzas para subir al coche y partir en busca de ustedes..., es decir, de la primera patrulla de caminos...

—Comprendo, señor Grant —dijo el policía, cerrando la libreta—. Bien, parece desprenderse de las primeras investigaciones que no hay responsabilidad alguna para usted...

—La responsabilidad es lo de menos, agente —exclamó Grant con vehemencia—. Pagaría con gusto unos años de cárcel, con tal de devolverle la vida a mi amigo.

El policía meneó la cabeza.

—Eso es imposible ya —contestó—. De todas formas, tendrá que presentarse a declarar ante el tribunal correspondiente, cuando reciba la oportuna citación.

Una sirena se oyó a lo lejos.

—Ah, ya viene aquí la ambulancia.

El ulular de la sirena se acentuó. Casi enseguida, se divisaron los destellos de las lámparas del vehículo.

La ambulancia se detuvo en el lugar del accidente. Un joven médico, en prácticas, descendió y examinó el cadáver. Emitió una primera opinión, con abundancia de términos científicos, y en un tono pedantesco insufrible, y luego dio orden a los camilleros de que cargaran el cadáver.

El jefe de pareja dijo:

—Señor Grant, puede retirarse. ¿Cree que necesitará compañía hasta su casa? Estamos dispuestos a llevarle, si es preciso.

—No... Haré un esfuerzo —contestó Grant—. Les estoy muy agradecido, señores agentes...

Los policías se retiraron poco después.

—¿Crees que ha dicho la verdad? —preguntó uno de ellos, mientras rodaban por el camino de vuelta.

—¿A qué te refieres, Lansher? —preguntó Doren.

—Bueno, todo parece correcto... Un atropello más, por imprudencia del atropellado, desde luego. Pero también podría tratarse de un crimen, Jimmie.

—¿Un crimen? No parece probable, muchacho. ¿Por qué eres tan suspicaz?

Lansher se encogió de hombros.

—No sé, me resulta imposible definirlo.

—¿Intuición? —preguntó Doren, un tanto irónicamente.

—Es probable. Grant dijo que su esposa se llevaría un gran disgusto.

—¿Y...?

—Vorson, el muerto, era su mejor amigo. ¿Era también el *mejor amigo* de la esposa?

—Lansher, no digas barbaridades —rezongó el jefe de pareja.

—¿Y si lo mató en su casa y luego lo puso en la carretera, para atropellarlo?

—Aunque llovía, quedaban todavía manchas de sangre en el pavimento —adujo Jimmie—. Y recuerda, el parachoques del auto de Grant estaba abollado, lo cual significa que hubo impacto. De haberlo traído muerto a la carretera, se hubiese limitado a darle

unas cuantas pasadas con las ruedas, ¿no crees? Y el parachoques estaría intacto.

Donald Lansher meneó la cabeza.

—Sí, en efecto, es como dices. Pero a mí no hay quien me quite de la sesera que Grant se cargó a su amigo. Lo cual no significa que se pueda probar el crimen. En todo caso —concluyó—, es preciso reconocer que lo ha hecho muy bien.

—¿Crimen perfecto? —rió Jimmie Doren.

—Acaso —contestó Lansher pensativamente.

El doctor Lannigan cerró la puerta y se enfrentó con la hermosa joven que aguardaba a un par de pasos de la misma.

—Lo siento, señora —dijo.

Paulina Grant estrujó con mano nerviosa el pañuelito. A su lado, una mujer la sostuvo, cogiéndola por la cintura y un brazo.

—Valor, señora Grant —dijo.

Paulina se estremeció.

—No comprendo cómo ha podido sucederle una cosa semejante. Era un hombre fuerte, robusto, de costumbres morigeradas...

—El diagnóstico es claro, señora —manifestó el doctor—. Síncope cardíaco. ¿Había estado alguna vez enfermo del corazón? —preguntó.

—No, nunca —respondió la joven viuda.

Lannigan se dijo que, para haber perdido a su esposo hacía tan sólo unos minutos, Paulina Grant no se mostraba demasiado afectada. Lo lógico habría sido esperar una crisis de llanto... «Claro que hay mujeres que soportan bastante bien esta clase de desgracias», pensó.

Un hombre entró en la estancia. Aparentaba unos cuarenta y cinco años, era de robusta complexión y tenía los ojos azules y el pelo, escaso, muy claro, casi albino.

—¿Cómo está? —preguntó ansiosamente Carson Bishop.

—Ha muerto —respondió el galeno—. ¿Era usted amigo suyo? Bishop se estremeció.

—Sí. Usted es el doctor Lannigan, supongo. Me llamo Bishop.

—Lamento que tengamos que conocernos en tan tristes circunstancias, señor Bishop —declaró el médico—. Pero no hay duda; el corazón le falló a su amigo.

—Se me hace cuesta arriba admitir una cosa semejante —

declaró Bishop con voz de trueno—. Manny Grant era un hombre robusto y, pese a sus cuarenta años, que no es ninguna edad peligrosa ni mucho menos, jamás había padecido del corazón. ¿No es cierto, Paulina?

La joven asintió en silencio.

Lannigan se encogió de hombros.

—El corazón tiene cosas raras y acostumbra a fallar cuando menos se espera —declaró—. Tal vez sufrió alguna fuerte emoción...

—Claro —contestó, Bishop, chasqueando los dedos—. Eso tiene que ser. No se explica de otra forma, doctor.

—¿Había sufrido recientemente algún contratiempo? —preguntó Lannigan.

—Hace un par de semanas, atropelló con su coche a un hombre y lo mató —explicó Paulina—. Al apearse para intentar socorrerle, se encontró con la sorpresa de que se trataba de su mejor amigo, que venía a cenar con nosotros aquella noche.

—¡Debió sufrir un golpe muy terrible! —comentó el médico.

Paulina movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, el hecho le afectó muchísimo —dijo—. Desde entonces ya no era el mismo hombre. Apenas quería comer, perdió el sueño por completo...

—Algunos hombres lo soportan peor que otros —expresó el doctor Lannigan—. Bien, señora, repito mis condolencias y... Ahora sólo me resta extender el oportuno certificado de defunción.

—Por aquí, doctor —dijo Bishop—. Venga al saloncito y allí podrá escribir. Sadie —se dirigió a la mujer que estaba junto a Paulina—, acompaña a la señora Grant a su habitación. Doctor, ¿cree usted que la señora Grant debería tomar un sedante?

—No le sentaría mal, por supuesto. Tengo en el maletín un tubo...

—No es necesario —cortó Paulina—. Podré soportarlo.

—A su gusto, señora —dijo el médico.

—Venga, doctor —indicó Bishop.

Los dos hombres se alejaron. Paulina se separó de la otra mujer.

—No hace falta que me acompañe, Sadie —dijo—. Me encuentro bien..., bastante mejor de lo que yo misma creía.

—Es usted una mujer muy valerosa, señora —alabó Sadie.

Paulina le dirigió una oscura mirada.

Sadie Sutts era una mujer todavía joven y hermosa, de mediana estatura y formas ampulosas. Ordinariamente actuaba con respeto y comedimiento, pero, aun a pesar de su relativa juventud, Paulina había podido observar en los ojos de Sadie una expresión de astucia y avidez, que la otra no había sabido disimular siempre. Además...

—Mi matrimonio con el señor Grant fue un error —declaró Paulina, heladamente—. No celebro su muerte, por supuesto, pero me resulta totalmente imposible deplorarla. Creo —añadió con tono casi insultante— que usted lo lamenta mucho más que yo, Sadie.

—¡Señora! —Se sofocó la aludida—. ¡Me está insultando!

—Usted sabe muy bien que no se trata de ningún insulto. Tengo diez años menos que usted, pero ello no significa que sea tonta. Sadie, en cuanto hayamos terminado los funerales de mi esposo, se servirá abandonar esta casa con la mayor rapidez posible. Eso es todo.

Paulina se marchó a su habitación, dejando a Sadie paralizada por el asombro.

El asombro se trocó rápidamente en cólera.

—Estás muy equivocada si piensas que me voy a marchar de aquí tan fácilmente —dijo a media voz, al tiempo que crispaba los puños de rabia.

CAPÍTULO II

Kevin Buffer, de la conocida firma de abogados Ashelton, Holmes y Buffer, detuvo su coche frente a la mansión. Abrió la portezuela, tomó una cartera de cuero negro que tenía en el asiento y salió fuera.

La casa era grande y de aspecto lujoso, aunque antiguo. Kevin ascendió de dos saltos los seis escalones que había del suelo enarenado a la puerta, protegida por una marquesina de piedra, y tocó el timbre de llamada.

Levantó la vista al cielo. Estaba encapotado y amenazaba lluvia.

«Endicott House» estaba rodeada por un parque, en el que abundaban los árboles decorativos. El viento movía las hojas de los árboles irregularmente. En el césped, se divisaban numerosas gotitas de agua, que brillaban como diamantes.

La puerta se abrió y una mujer, vestida severamente, apareció bajo el dintel.

—Me llamo Ruffer y busco a la señora Grant —manifestó Kevin—. Soy abogado.

—Ah —exclamó Sadie Sutts—, seguramente viene a leerle el testamento de su difunto esposo.

—Así es —convino el joven, con una sonrisa de cortesía—. Una tarea triste, pero ineludible.

—Desde luego, señor Ruffer, Pase por aquí, hágame el favor. Soy la señora Sutts, el ama de llaves de «Endicott House».

—Encantado, señora Sutts.

—La señora Grant está en sus habitaciones. Iré a avisarla inmediatamente.

Sadie llevó al joven hasta un saloncito, amueblado con bastante buen gusto, y lo dejó allí solo. Kevin examinó la decoración.

La pieza tenía las paredes empapeladas. En dos de ellas se notaban sendas manchas algo más oscuras.

Kevin adivinó enseguida el origen de las manchas.

«Han vendido dos cuadros —se dijo—. Los asuntos económicos no les marchaban bien».

Dejó la cartera sobre una mesa y encendió un cigarrillo para entretener la espera.

Pasaron unos minutos. La puerta se abrió de pronto.

Una mujer entró en el salón. Era alta y delgada, de formas suaves, pero firmes, ojos negros y cabellera del mismo color, severamente recogida en la nuca por un redondo moño, que atirantaba el pelo y dejaba las orejas al descubierto. Paulina Grant vestía un sencillo traje de color verde oscuro, con media manga, que moldeaba a la perfección las armoniosas líneas de su esbelto cuerpo.

Avanzó hacia él, pero de pronto se detuvo en seco.

—¡Kevin Ruffer! —exclamó asombrada.

—¡Paulina Endicott! —dijo el joven, dirigiéndose a ella—. ¿Eres tú la que...?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, Kevin —contestó—. ¿Te sorprende encontrarme en esta situación?

—Estoy atónito —confesó Kevin, tomando con las suyas la mano que le tendía Paulina, fina y delicada—. Nunca pude imaginarme que la señora Grant fuese la Paulina Endicott a quien conocí hace año años en la Universidad.

Ella sonrió tristemente.

—Entonces, yo tenía dieciocho años y muchas ilusiones —contestó—. Ahora tengo veintiséis y he perdido esas ilusiones por completo, Kevin.

—Para ti ha debido suponer un golpe terrible la muerte de tu esposo —dijo el joven—. Créeme que lo siento de veras, Paulina, y aún siento más las circunstancias que nos han hecho encontrarnos de nuevo.

—No importa, Kevin —dijo la joven—. ¿Quieres tomar algo?

—Lo que gustes.

Paulina se acercó a un aparador y llenó una copa, que entregó al joven.

—Te conservas igual que entonces —sonrió.

—Pero con treinta y dos años encima —dijo él—. En cambio, tú, estás mucho más hermosa... Perdón, no está bien que se diga una cosa semejante a una mujer que acaba de perder al esposo.

—No te preocupes, Kevin; nuestra antigua amistad permite ciertas confianzas. Siéntate, por favor, y dime qué te ha traído aquí.

El joven tomó un sorbo de licor y depositó la copa sobre una mesita cercana. Luego, cogiendo la cartera, empezó a soltar los cierres.

—Soy abogado y pertenezco a la firma que llevaba los asuntos legales de Manny Grant. He venido a leerte el testamento, ante testigos, desde luego, como está mandado. Sin embargo..., si lo prefieres, puedo anticiparte su contenido a título particular.

—Te lo agradeceré, Kevin —contestó Paulina.

El joven dejó que la cartera siguiera sobre sus rodillas.

—Siento de veras ser portador de tan malas noticias. Tu esposo apenas si ha dejado dinero.

Paulina rió nerviosamente.

—Lo extraño habría sido que hubiese conservado algo —exclamó—. Cualquiera suma por encima de los cinco dólares, me dejará perpleja y atónita, Kevin.

—De modo que sabías los... malos pasos en que se había metido tu esposo —dijo él, asombrado.

—Desde luego. Tan malos, que yo misma he salido tremendamente perjudicada con sus disparatadas especulaciones y aventuras económicas, una de las cuales consistió, nada menos, que en financiar una expedición científica a la América Central. Ya te digo que cualquier suma que pase de los cinco dólares en su activo, me llenará de asombro; pero debes saber que esta propiedad, que siempre perteneció a mi familia, está hipotecada hasta la última brizna de hierba. Dentro de dos meses, si no he pagado el plazo correspondiente del préstamo, más intereses, quedaré en la calle.

—Me siento lleno de confusión —declaró Kevin—. ¿Cómo pudo hacer tu marido una cosa semejante?

Paulina se encogió de hombros.

—El matrimonio, a veces es un error de una de ambas partes. Cuando lo advierte el perjudicado, suele ser ya demasiado tarde. Y a mí me sucedió algo por el estilo, Kevin.

—Estoy apenado, Paulina, te lo digo sinceramente. En efecto, el capital disponible que ha dejado tu esposo apenas pasa de dos mil dólares.

—¿Tanto? —rió ella irónicamente—. Vaya, todavía se portó mejor de lo que había creído. Eso me permitirá subsistir algunos meses. Luego...

Y dejó la frase sin concluir.

—Estaba fuera cuando falleció tu esposo —declaró Kevin—. ¿De qué murió?

—Un ataque cardíaco. Está enterrado en el panteón de los Endicott, aquí, en la misma propiedad.

—Lastimoso —suspiró el joven—. La verdad es que, después que nos separamos en la Universidad, no había vuelto a saber nada de ti, Paulina. En fin, eres joven y podrás rehacer tu vida.

—En eso confío —respondió ella—. Pero habrá de pasar mucho tiempo antes de que olvide todas las amargas de mi matrimonio. Ya ves, Kevin —añadió—, esta propiedad perteneció a los Endicott desde hace ciento cincuenta años y, sin embargo, no lamentaré tener que dejarla.

—Tal vez el prestatario admita una prórroga —sugirió el joven—. ¿Qué abogado se encarga de esta parte del asunto?

—No lo sé —respondió ella—. Quizá sea vuestra firma; Manny fue el que realizó todos los trámites... cuando yo aún estaba ciega y creía en él a pies juntillas.

—¿Y dices que financió una expedición científica a la América Central? —exclamó Kevin—. ¡Eso cuesta siempre una barbaridad de dinero, Paulina!

—¿A él qué le importaba? El dinero, en todo caso, no era suyo.

—¿Es que era aficionado a la ciencia?

Paulina sonrió irónicamente.

—¿Aficionado a la ciencia? Esperaba sacar un buen beneficio del financiamiento de la expedición, algo así como... un mil por cien. Hablaba de un antiguo tesoro de los mayas, perdido en las selvas del Yucatán... Historias y leyendas sin fundamento que un sujeto estúpido, y Dios me perdone porque está también muerto, le metió en la cabeza.

—¿Quién era ese individuo? —preguntó Kevin, interesado en las palabras de la joven, a su pesar.

—Peter Vorson. Murió atropellado precisamente por Manny y el médico dijo que el ataque cardíaco se debía, muy posiblemente, a la tremenda impresión que le había causado el hecho. Manny dijo siempre que Peter era su mejor amigo... pero yo creo que la impresión recibida lo fue debido al hecho del fracaso de la expedición.

—¿No encontraron nada?

Ella hizo una mueca entre amarga y burlona.

—¿Encontrar? Los tesoros perdidos en las ciudades antiquísimas pertenecen a la leyenda. Vorson regresó con las manos vacías, después de haber dejado exhausta la cuenta de Many..., mi cuenta, mejor dicho.

—Es verdaderamente lamentable —murmuró el joven—. Créeme que siento verte en una situación semejante, Paulina. Pero te prometo que haré todo lo posible por conseguir una prórroga del préstamo. Tal vez, en ese tiempo, puedas rescatar la hipoteca y conservar la propiedad.

—No lo creo, Kevin, aunque te agradezco el gesto. ¿De dónde voy a sacar el dinero necesario?

—¿Cuál fue la cuantía del préstamo?

—Ciento cincuenta mil, al seis y medio por ciento.

Kevin silbó tenuemente.

—Una buena suma, en efecto. ¿Y todo se consumió en la expedición?

—Tú mismo puedes juzgar. Cometí la insigne tontería de confiarle la administración de mis bienes y... —la voz de Paulina se quebró súbitamente en un sollozo, que cortó sus palabras.

Kevin esperó unos momentos a que ella se hubiera tranquilizado.

—¿Tienes alguien en la casa que pueda asistir a la lectura del testamento? —preguntó, algunos minutos después.

—Sí. El ama de llaves, Sadie Sutts, y Carson Bishop.

—¿Carson Bishop? —repitió Kevin—. ¿Quién es, Paulina?

—Era el ayudante de Peter Vorson y estaba poniendo en limpio los apuntes de la expedición. Pensaban publicar un libro con el relato de lo que hicieron.

—Paulina sonrió irónicamente una vez más. —Confiaban en vender el original y resarcirse así parcialmente de las pérdidas

sufridas.

—¿Reside en la casa?

—Sí, pero se irá pronto. Pienso cerrarla a la mayor brevedad posible. En el plazo marcado, entregaré las llaves a su nuevo dueño.

—Un Banco, supongo.

—Sí, el

Trade & Country

City Bank.

—Conozco a uno de los ejecutivos —dijo Kevin pensativamente—. Hablaré con él, para ver si consigo una prórroga.

—Te lo agradeceré, pero no creo que resuelvas nada. Además, ya te he dicho que no me importa dejar la casa.

—Eso está bien, pero tal vez puedas encontrar un comprador, que ofrezca algo más que el importe de la hipoteca e intereses, y ganes algún dinero. Siempre te resultaría beneficioso, ¿no crees?

—Como gustes —contestó Paulina—. ¿Llamo a los testigos ya?

—Desde luego.

CAPÍTULO III

Donald Lansher detuvo su automóvil a la entrada del camino que conducía a «Endicott House».

La casa estaba situada en lo alto de una loma de pendiente muy escasa y sólo se divisaba su tejado, por encima de las copas de los árboles. Jimmie Doren, el jefe de pareja, se extrañó de la detención de su compañero.

—¿Por qué te paras aquí? —preguntó Jimmie.

—Quería ver la casa de Grant —respondió Lansher con acento pensativo.

—¿Todavía siguen pensando en que Vorson murió asesinado? —sonrió el otro agente.

—Es una lástima que no podamos probar nada... —murmuró Lansher—. Además, por otra parte, sería inútil cualquier cosa en ese sentido.

—Sí, ya he leído la noticia de la muerte de Grant.

—Parece ser que el atropello y muerte de su amigo le afectó muchísimo.

Jimmie sacó cigarrillos. Los dos policías fumaron en silencio durante algunos momentos.

—Vamos a ver, Lansher —dijo Jimmie de pronto—, si tuvieras que acusar a Grant, suponiendo que éste continuara con vida, ¿en qué basarías tu acusación?

Lansher reflexionó unos momentos.

—Bueno, ya te he dicho que se trata de una intuición. Pero, si el coche se le averió a dos kilómetros de «Endicott House», ¿por qué no siguió a pie, sobre todo conociendo el camino?

—Tal vez acababa de sufrir la avería cuando llegó Grant con su auto y lo atropelló.

—O tal vez Vorson estaba ya muerto y Grant simuló el accidente.

—Recuerda que el parachoques estaba abollado y que había sangre en la carretera.

—Sí, pero se puede traer a un cadáver y dejarlo sentado en el suelo. Después, se retroceden doscientos metros, se arranca, se le pega un buen topetazo y... Dejando el cuerpo en posición de sentado, se justifica además la fractura de cráneo, que pudo ser producida antes con un objeto contundente.

—Eres demasiado suspicaz, Donald.

—Porque se me antoja demasiada coincidencia. Vorson tenía que ir a cenar con los Grant. ¿No era lógico que el dueño de la casa estuviera ya en ella aguardándole?

Hombre, te pones en lo peor. ¿Y si tuvo que salir... por algo que no sabemos?

Lansher meneó la cabeza.

—Grant ha muerto, pero nadie me hará pensar que fue un verdadero accidente. Si yo fuese el jefe de la policía de tráfico y Grant viviese, por supuesto, haría exhumar el cadáver y someterlo a una autopsia de carácter exhaustivo.

—Pero no conseguirías nada, salvo encontrar muchos huesos rotos. Vorson no murió envenenado, para que el tóxico pueda encontrarse aún en las vísceras.

—¿Y si lo trajeron narcotizado al lugar del supuesto atropello?

—¿Lo trajeron? ¿Hablas en plural, Donald?

—Bueno. Grant dijo que Vorson era su mejor amigo. Habló también de que su esposa iba a sufrir una gravísima impresión. ¿No recuerdas que luego comenté si Vorson era también el *mejor amigo* de la señora Grant?

—Lees demasiadas novelas policíacas, Donald —refunfuñó Jimmie.

Un automóvil salía del camino en aquel momento. Su ocupante agitó la mano al ver el coche policial.

Lansher correspondió al saludo de la misma forma.

—¿Le conoces, Donald? —preguntó su compañero.

—Sí, es Kevin Ruffer, abogado. Seguro que habrá venido a ver a la viuda para alguna cosa relacionada con la herencia de Grant.

—Bueno, bueno —dijo Jimmie—, lo mejor será que olvides todo

y que arranques. No vamos a estarnos parados aquí todo el día, digo yo.

—Claro —contestó Lansher, dirigiendo una última mirada a la casa, al cruzar por delante del camino que conducía a la misma.

Después de que se hubo marchado el abogado, Paulina tocó el timbre.

Sadie Sutts apareció a los pocos momentos.

—¿Llamaba la señora? —preguntó.

—Si ha oído el timbre y está en la sala, es que sí —respondió la joven mordazmente—. ¿Tiene el equipaje preparado, señora Sutts?

—No.

Paulina se sorprendió de la respuesta tan contundente que acababa de recibir.

—Creo haberle dicho que debía abandonar la casa apenas hubiesen terminado los funerales de mi esposo. Hablé con toda claridad, recuerdo.

—Sí, señora.

—El Banco se hará cargo de la casa dentro de dos meses.

—Lo sé, señora.

—Entonces, ¿por qué no se marcha? No deseo verla más aquí, sépalo de una vez, señora Sutts. ¿Cree que porque yo sea mucho más joven que usted —añadió ofensivamente, con toda deliberación—, no sabía darme cuenta de las cosas?

—Me quedaré —insistió Sadie—. Y usted no podrá echarme.

—Vaya —dijo Paulina, frunciendo el ceño—, parece como si fuera usted la dueña de la casa. ¿Qué es lo que le hace desobedecer mi mandato de despido?

—Usted tendrá que soportarme aquí todo el tiempo que yo quiera —declaró Sadie con notorio desparpajo.

—¿Le gustaría que la policía hiciese una auténtica investigación acerca de las verdaderas causas de la muerte de su esposo?

Paulina retrocedió un paso instintivamente.

—¿Qué es lo que sugiere usted, miserable mujer? —exclamó.

Sadie sonrió perversamente.

—Todo el mundo sabía que usted y el señor Grant no se llevaban bien en los últimos tiempos. Hay venenos que simulan fácilmente un ataque cardíaco. ¿Comprende lo que quiero decir?

Paulina estaba horrorizada.

—¡Eso es una inmundicia! —exclamó—. Manny murió de un síncope cardíaco...

—Eso es lo que certificó el doctor Lannigan. Es un médico muy despistado y se creyó fácilmente el cuento del pesar por el amigo muerto. El no recibiría ningún perjuicio; si acaso alguna reprensión privada de la Asociación Médica. Pero ¿qué sucedería si los forenses practicasen una autopsia a fondo del cuerpo de su esposo?

La joven sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¡Es usted una mujer diabólica! —exclamó—. ¿Cómo puede sugerir tal cosa, sabiendo que es mentira?

—¿Quiere que llame a la policía? —Sadie señaló el teléfono.

—Hágalo —le desafió Paulina.

El ama de llaves se acercó a la mesita y levantó el aparato.

—No lo pasará usted muy bien —aseguró.

—Pero ¿cómo puede afirmar que Manny murió envenenado? —De pronto, una viva luz estalló en el cerebro de Paulina—. ¡Usted lo asesinó!

—El señor y la señora Grant habían sostenido vivas disputas en los últimos tiempos, por cuestiones económicas —recitó Sadie impasiblemente—. Y también había otras cuestiones no tan económicas, aunque sí sentimentales, como por ejemplo, el afecto que le demostraba a ella Peter Vorson, el mejor amigo de Manny Grant. Pudo ocurrir que el señor Grant asesinara a su amigo por celos y que luego la señora Grant, tanto por los asuntos económicos, que iban de mal en peor, como por vengar la muerte de un apasionado admirador, envenenara a su esposo. Imagínese cuál sería la reacción de un jurado.

Paulina se sentó en una silla. Las piernas se negaban a sostenerla.

—Todo eso es mentira, es falso... —protestó débilmente.

—La policía, el juez, el fiscal y el jurado, no lo creerían así.

—Pero ¿por qué hace usted eso, por qué? —clamó la joven. Sadie le dirigió una mirada infernal.

—No le importan mis razones. Sólo quiero seguir aquí durante los dos meses que faltan para la entrega de las llaves —declaró—. Nada le pasará si me deja en la casa, pero si insiste en expulsarme la denunciaré a la policía.

—¿Sería capaz de hacerme culpable de un crimen que no he

cometido?

—El señor Grant murió de un ataque cardíaco, no lo olvide. Es mejor así para todos, ¿comprende? —contestó Sadie, dirigiéndole una sonrisa cargada de malignas intenciones.

Y salió del saloncito, dejando a Paulina entregada a un ataque de frenética desesperación.

¿Por qué hacía Sadie una cosa semejante? ¿Qué beneficios esperaba obtener de su permanencia en «Endicott House»?

Estaba sola en el mundo. No tenía a nadie a quien pedir consejo para resolver la crítica situación que se le había planteado tan inesperadamente.

¿No tenía a nadie?, se preguntó de pronto.

Secó sus lágrimas. Una idea acababa de ocurrírsele repentinamente.

—Es tarde ya —murmuró—. Iré a verle mañana.

Y después de adoptar tal resolución, se encontró mucho más aliviada, aunque seguía sin comprender las razones del oscuro proceder de su ama de llaves.

Mientras, Sadie había abandonado el salón y se dirigió al cuarto donde dormía Carson Bishop, que encontró vacío.

Buscó al hombre por la casa y lo encontró en la cocina, realizando una labor singular.

Bishop había puesto una olla de agua al fuego y sostenía con las manos un sobre, situado directamente sobre el vapor que se desprendía del líquido en ebullición.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sadie, extrañada.

—Ya puedes verlo —sonrió Bishop—, enterarme de las misivas que recibe la encantadora propietaria de «Endicott House».

—¿Es para ella esa carta?

—Sí. Hay dos más, pero son sobres comerciales. Ésta, sin embargo, no trae membrete de ninguna clase. Me pareció oportuno enterarme de su contenido.

—Haces bien —aprobó Sadie—. Ahora vengo de hablar con ella.

—¿Y...? —dijo Bishop con un gruñido.

—Insistió en despedirme. No se lo consentí, naturalmente.

—¿Qué le dijiste?

—Hablé de una exhumación del... cuerpo de su esposo. Se puso lívida, créeme —rió Sadie desvergonzadamente.

Bishop frunció el ceño.

—¿Y si es ella la que avisa a la policía? —preguntó.

—No lo hará. Todas las circunstancias están en contra suya.

—Explícate, Sadie.

—Manny la arruinó. Discutieron más de una vez por ese asunto, ¿no?

—Claro que sí —sonrió el escritor—. ¿Qué más?

—Vorson se sentía inclinado hacia ella. No es verdad, sólo se trataba de un afecto sincero, totalmente amistoso, pero Vorson era un hombre apuesto, de treinta y cinco años, más joven y gallardo que Manny. Imagínate lo que pensaría un jurado.

—Grant asesinó a Vorson por celos y ella, enloquecida de dolor por la muerte de su... amigo, asesinó a su esposo a su vez, por venganza.

—Exactamente.

Hubo una pausa de silencio.

—Pero sólo tenemos dos meses de plazo —dijo Bishop al cabo.

—Hay tiempo más que suficiente, Carson —alegó la mujer.

—¿Y después?

Sadie emitió una maligna sonrisa.

—Todo se habrá acabado... para algunos, excepto nosotros dos. ¿Qué te parece?

—Magnífico..., si sale bien, Sadie.

—Saldrá —afirmó la mujer enfáticamente—. Vamos, abre ese sobre de una vez.

El vapor de agua había ablandado la goma. Con todo cuidado, Bishop terminó de despegar el sobre y sacó del interior una cuartilla plegada en cuatro dobleces.

Extendió la cuartilla y leyó su contenido. Segundos después, su rostro se cubría de una mortal palidez.

Una soez maldición se escapó de sus labios. Sadie se acercó al hombre y le quitó el papel.

También palideció, aunque se mostró más serena al conocer el contenido de la carta.

Era el siguiente:

«Señora Grant:

»¿Le gustaría que modificase el certificado de defunción de su esposo? Imagino que no, dados los graves perjuicios que recibiría usted en tal caso.

»Así, pues, con objeto de que todo el mundo pueda recibir el beneficio correspondiente, la emplazo para que me entregue la cantidad de

25 000

dólares en el día, hora y lugar que le indicaré oportunamente, por medio de una llamada telefónica.

»Esta carta está escrita con una tinta que desaparece a los dos minutos. Es inútil, pues, que trate de conservarla como prueba. Mientras tanto, reciba, querida señora, el testimonio de mi más sincero afecto.

»H. Lannigan».

CAPÍTULO IV

Insomne, dominada por un intenso nerviosismo, Paulina acabó por echar a un lado el embozo de la cama. Metió los pies en unas chinelas, se puso la bata y se incorporó.

Buscó cigarrillos sobre la mesilla de noche y encendió uno. La infame acusación de Sadie Sutts la había llenado de temor y vergüenza. Sabíase inocente, pero ¿qué sucedería si el ama de llaves hacía efectiva su amenaza?

Cualesquiera que fuesen sus motivos, era preciso reconocer que la acusación estaba bien urdida. Seríale muy difícil demostrar su inocencia y, aunque no dudaba de que acabaría por conseguirlo, se estremecía al pensar en las terribles molestias e incomodidades que habría de sufrir mientras durase el proceso.

Y no debía olvidar los comentarios de la Prensa, que no dejarían de influir, pese a todo, en la opinión del jurado.

Pero había algo que la confundía totalmente. Si Sadie y Manny habían sido amantes, ¿por qué lo había asesinado ella? ¿Qué beneficios esperaba obtener de la muerte de un hombre armiñado?

La cabeza le ardía. Aplastó el cigarrillo sobre un cenicero y se acercó a la ventana.

Apoyó la frente en el vidrio. Las nubes de tormenta se habían disipado parcialmente y dejaban penetrar la claridad de la luna, que iluminaba el parque como si fuera de día.

A lo lejos, a unos trescientos metros de distancia, sobre una pequeña cresta cubierta de césped y bordeada de cipreses, se divisaba el panteón de los Endicott. Allí había sido enterrado Manny.

Era una construcción sólida, de piedra, en estilo neogótico, realizada en tiempos pasados, cuando los Endicott podían

permitirse tales lujos. El Endicott que construyó el panteón pensó en una docena de generaciones al menos. Habrían de pasar cien años antes de que se llenase el fúnebre edificio.

Suspiró profundamente. Confiaba en Kevin. Le vería a la mañana siguiente.

Decidió volverse a la cama. Trataría de conciliar el sueño.

De pronto, cuando ya iba a separarse de la ventana, vio la silueta de un hombre que se acercaba a la casa.

Frunció el ceño, extrañado. La hora no era la más adecuada para que nadie se pasease por el jardín y menos en una noche fría y desapacible como aquélla.

El hombre se acercó a la casa. La luna le daba casi de frente y convertía su rostro en un óvalo de pálida blancura.

De pronto, Paulina se estremeció. Los ojos amenazaron con salirse de sus órbitas.

¡No, no era posible!

Sintió que un frío helado traspasaba su carne y llegaba al fondo de sus huesos.

Pensó que podía tratarse de un fantasma, pero la razón le dijo que no era posible que ocurriese una cosa semejante.

Pero ella había visto a Manny muerto. Y un médico digno y competente había certificado su defunción.

El hombre desapareció de la vista de Paulina. Aterrada, la joven volvió a la cama.

Hubiera querido bajar al piso inferior, pero sintió miedo..., miedo, como una chiquilla de pocos años. Y se cubrió hasta los ojos con el embozo de la cama, mientras su cuerpo era un puro temblor de los pies a la cabeza.

Kevin Ruffer se sorprendió muchísimo por la inesperada visita de Paulina Grant. Su sorpresa aumentó más cuando ella le relató puntualmente la conversación sostenida con el ama de llaves.

Después, Kevin se preocupó.

—¿Por qué hace Sadie una cosa semejante? —preguntó.

—Lo ignoro —respondió la joven—. No obstante, yo pienso que debe tener algunos motivos sumamente poderosos para insistir en su permanencia en «Endicott House».

Kevin se levantó y dio unos cortos paseos por el despacho.

—Así que tú opinas que, en todo caso, Sadie fue la que mató a tu

marido —dijo, tras unos momentos de reflexión.

—En el primer momento así lo llegué a creer. Pero luego me he dado cuenta de que ella no lo asesinó.

—¿En qué te fundas para sostener esa tesis?

—Primero, si ella y Manny... —Paulina se sonrojó vivamente—. Bien, es una mujer aún muy hermosa y Manny no se sentía insensible a sus encantos.

—¿Viste tú algo sospechoso al respecto? —preguntó Kevin.

—Sí, más de una vez —respondió Paulina, inspirando profundamente.

—Tal vez lo asesinó por celos de otra mujer.

—¿Cuál, Kevin?

—No lo sé. Desconozco por completo vuestras relaciones, salvo al supuesto literato que me presentaste en «Endicott House». Tal vez tú conozcas a otra mujer, por la cual Manny pudo desviarse de Sadie Sutts.

—No sé de ninguna —declaró la joven—. Pero insisto en que ella no lo asesinó. Es más, Manny no murió.

Kevin pegó un respingo.

Miró despacio a la joven. ¿Era posible que Paulina hubiese perdido la razón?

—Paulina, querida, ¿estás segura de lo que dices? Recibimos la participación oficial de la muerte de tu esposo. Por esa razón fui a tu casa, a hacer lectura de su testamento.

—Manny no ha muerto. Lo fingid, que no es lo mismo.

—Dios mío, Paulina, mira lo que dices —habló el joven en voz baja, sumamente aprensivo.

—Manny no ha muerto —insistió ella tozudamente—. Lo vi anoche. Salió del panteón y entró en la casa. Pero yo sentí tal miedo, que no tuve ánimos para salir de mi dormitorio y comprobarlo.

Kevin cogió las manos de Paulina. Estaban frías como el hielo.

—Muchacha —dijo en tono persuasivo—, es imposible que hayas visto a tu esposo vivo. Murió, tenemos aquí un certificado del doctor Lannigan. Era de noche, estabas perturbada por la conversación con Sadie Sutts, sufriste una pesadilla y creíste ver la realidad de algo que no era sino un simple producto de tu mente sobreexcitada.

Paulina se sintió tremendamente desanimada.

—Tal vez —convino con voz sorda— fue, en efecto, como dices, una pesadilla. Hace algunos años, cuando murió mi madre, soñaba algunas veces con ella y la veía como cuando estaba viva.

—Anoche te pasó lo mismo —afirmó él—. Pero, dejando eso aparte, te prometo ocuparme del asunto de Sadie Sutts y enterarme del porqué de su forma de proceder.

—¿Lo harás, Kevin? —preguntó Paulina esperanzadamente.

—Puedes contar conmigo para todo lo que sea preciso —respondió Kevin, sonriendo—. Lo único que tienes que hacer es tranquilizar los nervios.

—Se dice muy fácilmente..., cuando me pretenden culpar de un crimen que no he cometido —contestó Paulina en tono lamentoso.

—No te preocupes, insisto. Deja el asunto en mis manos y tranquilízate.

Paulina se puso en pie. Era de aventajada estatura y el joven abogado no pudo por menos que admirar la singular esbeltez de su cuerpo.

—Tenme al corriente de lo que averigües —rogó.

—En cuanto sepa algo, iré a verte, con la excusa de que estoy gestionando la prórroga de la hipoteca. Cosa que —añadió—, por otra parte, será verdad.

—¿Tienes alguna esperanza al respecto?

—Aún no he realizado la menor gestión, ésta es la verdad; pero te prometo hacerlo dentro de dos o tres días como máximo. Mientras tanto, si esa mujer te preguntase algo, ponle como pretexto el citado, con lo que no mentirías, claro.

Paulina sonrió ligeramente.

—Gracias, Kevin —murmuró, alargándole la mano.

El joven la vio marchar y suspiró profundamente.

«¿Por qué no la habré visto yo antes que ese estúpido de Grant?», se dijo.

Luego pensó que sí, que, en efecto, había visto y conocido a Paulina antes que Grant, pero en la época en que tal cosa ocurrió, él bebía los vientos por otra chica, que luego le dejó por un compañero de estudios.

Encendió un cigarrillo y reflexionó durante algunos minutos. Al cabo de un rato, descolgó el teléfono y llamó a la muchacha que

atendía la centralita de la oficina.

—Soy Ruffer —dijo—. Haga el favor de ponerme en contacto con la Jefatura de Policía. Con el capitán Wendell.

—Bien, señor Ruffer.

Treinta segundos más tarde, sonaba de nuevo el timbre del teléfono.

—El capitán Wendell al habla, señor —anunció la telefonista.

—Gracias, señorita. ¿Capitán?

—¡Hola, Ruffer! —contestó el oficial de policía, buen amigo del joven—. ¿Ocurre algo? ¿Dificultades con algún cliente?

—Pues..., sí, capitán —respondió Kevin—. Pero la cosa es un poco larga para discutirla por teléfono, así que le agradecería que me indicase una hora apropiada, en —que usted no tuviese demasiado trabajo.

—Bueno, véngase a las cinco de la tarde, cuando salga de su oficina. Yo estaré en la mía y podremos charlar ampliamente. ¿Le parece bien?

—Magnífico, capitán. Hasta la tarde, entonces.

—Hasta luego.

El coche se detuvo a un lado de la carretera y quedó con las luces apagadas. El conductor permaneció en su interior, fumando apaciblemente un cigarrillo.

De vez *en* cuando, al aspirar el humo, la brasa del pitillo le alumbraba el rostro, en el que se divisaba un frondoso bigote negro y unas grandes gafas oscuras, que desfiguraban por completo su fisonomía. Los dedos de la mano derecha, enguantada en negro, tabaleaban con frecuencia sobre el aro del volante.

Pasó un buen rato. De pronto, el hombre vio brillar a lo lejos las luces de un automóvil.

El vehículo se acercó rápidamente. Segundos después, refrenaba la marcha y se situaba en el lado contrario de la carretera, frente al anterior.

Los dos conductores se apearon de sus respectivos autos casi al mismo tiempo. El primero, llevaba en la mano izquierda una cartera de cuero negro.

—Buenas noches, doctor Lannigan —saludó.

—¿Trae usted el dinero? —preguntó el médico, sin contestar al saludo.

—Por supuesto. Aquí está, en la cartera.

El médico alargó la mano hacia la cartera. El otro la retiró ligeramente.

—Un momento —dijo.

—¿Qué le pasa? —rezongó Lannigan—. ¿Acaso se lo ha pensado mejor y quiere echarse atrás? Ya sabe lo que le pasaría si yo hablase, ¿no?

—Desde luego. Pero ¿quién me garantiza que se conformará usted con estos veinticinco mil dólares y que, dentro de un mes o dos o tres, no empezará a acosarme con nuevas peticiones de dinero?

—Tendrá que contentarse con mi palabra —mascullo el galeno malhumorado—. De todas formas, le aseguro que no habrá más peticiones de dinero. Ésta será la primera y la última.

—De acuerdo —contestó el hombre, entregándole la cartera—. Compruebe usted mismo si está todo el dinero.

Lannigan tomó la cartera. Se acercó a su coche y, metiendo la mano por encima de la ventanilla, encendió las luces de cruce. Luego pasó delante del motor y abrió la cartera, inclinándose para ver su contenido.

Un rugido de rabia se escapó de sus labios.

¡La cartera estaba vacía!

En aquel momento, oyó el ruido del motor de su propio automóvil. Se enderezó, lleno de alarma.

El coche arrancó bruscamente, derribándole al suelo. Una de las ruedas le pasó por encima de la pierna derecha, quebrándosela con un seco crujido de huesos.

Lannigan dejó escapar un aullido de dolor. Quiso incorporarse, pero la pierna fracturada le falló y se venció hacia adelante. Quedó apoyado sobre las manos, casi en el centro de la carretera.

Parecía un gigantesco insecto al que hubiesen amputado las patas traseras.

El asesino hizo dar la vuelta al coche unos metros más adelante. Luego, a fin de tener una buena iluminación encendió todas las luces.

El resplandor de los faros cayó sobre el médico. Lannigan dejó escapar un alarido de agonía al ver que el automóvil se le echaba encima a toda velocidad.

CAPÍTULO V

El suave sonido del
«ding-dong»

de llamada se expandió por el interior de la casa. Segundos después, la puerta se abría y la figura de Sadie Sutts aparecía bajo el umbral.

—¿La señora Grant? —preguntó Kevin Ruffer.

—Tenga la bondad de pasar —contestó el ama de llaves—. Ahora mismo iré a avisarla.

Sadie condujo al abogado hasta la sala de recibo y luego se alejó. En su fuero interno, Kevin se dijo que el ama de llaves era aún una mujer hermosa, merecedora de más de una mirada.

Pero había podido captar en sus ojos una expresión de agudo recelo, que hizo disipar de su mente cualquier pensamiento agradable que ella hubiera podido sugerirle. No, no parecía una buena mujer.

Paulina compareció a los pocos momentos. La joven vestía un sencillo traje de color gris azul, que aumentaba la esbeltez de su graciosa figura. El único adorno que se permitía eran unos sencillos pendientes de oro, prendidos en los lóbulos de sus orejas, las cuales estaban ocultas a medias por su bien peinado cabello negro.

—¿Cómo estás, Kevin? —saludó, tendiéndole la mano.

—Celebro verte de nuevo —correspondió él. Tenía una cartera de mano y la dejó sobre un sillón—. Traigo noticias del Banco.

—¿De veras? —preguntó Paulina—. ¿Son buenas?... Oh, perdóname; no te he ofrecido nada de beber.

Se dirigió al aparador y llenó una copa, que entregó al joven.

—Gracias —contestó Kevin. Tomó un sorbo y la miró a los ojos—. Paulina, Ronald Mac Corkin, director ejecutivo, es buen amigo, como te dije. Hablé con él, y aunque en un principio se mostraba

reacio, después de mucho hablar conseguí arrancarle ciertas concesiones con respecto a la hipoteca que pesa sobre «Endicott House».

—Te lo agradezco infinito —respondió Paulina—. ¿Cuáles son esas condiciones?

—La hipoteca será prorrogada si puedes entregar la mitad del plazo del préstamo, más los intereses correspondientes.

Paulina se desanimó.

—Son setenta y cinco mil dólares —dijo—. ¿De dónde voy a sacar yo semejante suma?

Manny Grant hipotecó la propiedad por sólo ciento cincuenta mil dólares —observó el joven—. ¿Por qué no sacó más dinero del Banco, al realizar el negocio?

—Bueno —contestó ella—, estas fincas no tienen demasiados alicientes para un posible comprador. Tengo entendido que quiso obtener más dinero, pero el Banco no admitió una suma superior a la citada. Estimaban que, caso de tener que quedarse con «Endicott House», les resultaría sumamente difícil hallar un comprador que les proporcionase un beneficio compensatorio de la transacción.

—Entiendo —dijo él—. Y sin embargo, es una propiedad que vale cuatro o cinco veces más.

—Sólo en teoría, Kevin.

El joven suspiró.

—Lo siento, Paulina; he hecho todo cuanto he podido. Me gustaría ayudarte —añadió—, pero, aun cuando quisiera hacerlo, no puedo. Es cierto que tengo un buen empleo y gano un sueldo excelente, pero soy aún joven para haber ahorrado esa suma. De lo contrario, te la prestaría con muchísimo gusto.

Ella le dirigió una afectuosa sonrisa.

—No te preocupes, Kevin —contestó—. Has hecho cuanto has podido y eso es de agradecer. Y ahora, dime, por favor...

Kevin se puso súbitamente un dedo sobre los labios, recomendándole silencio.

Paulina comprendió en el acto el significado del gesto. Instintivamente, miró hacia la puerta y la vio entreabierta cosa de un centímetro.

¡Había alguien escuchando al otro lado!

Antes de que ella pudiera decir nada, Kevin se le anticipó:

—Paulina, me gustaría que me enseñases el panteón familiar. Es decir, si ello no te va a producir momentos demasiado dolorosos.

—Por supuesto —accedió la joven—. ¿Quieres acompañarme?

—Claro.

Kevin dejó la cartera donde estaba. Paulina se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Carson Bishop cruzaba el vestíbulo en aquel momento. Al oír los pasos de la pareja, se volvió.

—¿Cómo está, señor Ruffer? —saludó cortésmente.

—Encantado, señor Bishop —respondió el joven.

—El señor Ruffer ha venido a visitarme para hablarme de sus gestiones con el Banco, acerca de la hipoteca que pesa sobre «Endicott House» —manifestó Paulina. Se volvió hacia Kevin—: El señor Bishop está enterado de todo, Kevin.

—¿Consiguió algo, señor Ruffer? —preguntó el escritor.

—A medias tan sólo —contestó Kevin, sonriendo—. La señora Grant le explicará luego el resultado de mis gestiones.

—Como gusten —sonrió Bishop—. Celebro haberle visto, señor Ruffer.

Los dos jóvenes cruzaron el vestíbulo y salieron al exterior.

Durante unos minutos, caminaron en silencio.

—¿Crees que Bishop estaba escuchando lo que hablábamos? —preguntó Paulina al cabo.

—No puedo asegurar nada —respondió Kevin—. Pero de repente me di cuenta que la puerta estaba entreabierta y quise prevenirme contra cualquier posible contratiempo.

—Tal vez no la cerré bien al entrar en el salón.

—En todo caso, la culpa es mía, puesto que entró detrás de ti. Pero eso no importa ahora, ya que no ha oído nada que no pueda serle explicado con el menor detalle. Me habría fastidiado bastante, sin embargo, que se hubiese enterado de otras cosas que tengo que decirte.

—¿Sí? ¿De qué se trata? —preguntó Paulina ansiosamente.

—Estuve hablando con el capitán Wendell, de la División de Homicidios, y le conté cuanto me habías dicho tú. Wendell es una excelente persona y me prometió su ayuda incondicional.

—No sé cómo agradecerte las molestias que te tomas por mí, Kevin.

—Olvidalo —sonrió él—. Lo hago con mucho agrado.

—¿Dijo el capitán Wendell algo sobre una posible exhumación de los restos de mi esposo?

—De momento, no puede hacer nada, Paulina. Wendell está atado por una serie de trabas legales, que le impiden dar un paso de cierta trascendencia. Hay un certificado médico expedido con toda legalidad...

—¡Pero estoy segura de que Sadie lo asesinó! ¡Y tal vez en complicidad con Bishop! —alegó ella con vehemencia.

—Es posible, pero para conseguir esa exhumación y luego el análisis de las vísceras, Wendell tendría que actuar a requerimiento de una persona directamente emparentada con el difunto.

—Yo era su mujer —dijo Paulina sordamente.

—Y aunque tanto Wendell como yo te creemos inocente, hemos juzgado que, de momento, no conviene realizar esas diligencias. Todas las pruebas están en contra tuya, ¿comprendes?

Paulina asintió.

—Entonces, ¿qué haremos? —quiso saber.

—Esperar. Sadie es sospechosa gracias a esa conversación que tuvo contigo. Pero si Wendell la interrogase, lo negaría todo, ya que hablasteis a solas, sin testigos.

—Comprendo —murmuró Paulina.

—Por lo tanto, lo único que puede hacer Wendell por ahora es someter a Sadie y a Bishop a una estrecha y discreta vigilancia, y averiguar cuantos antecedentes pueda de ellos, por supuesto.

—Lo cual significa que, mientras tanto, habré de esperar.

—Exactamente. Sin embargo —añadió Kevin—, no hay motivos para que sientas temor. Ignoro qué es lo que pretende Sadie Sutts, salvo permanecer en «Endicott House» durante algún tiempo. No creo que le convenga atentar contra tu vida.

Paulina se estremeció.

—Sadie es una mujer capaz de todo —dijo.

—Eso creo yo —concordó él, sumamente preocupado—. Y por más que he pensado en ello, no he conseguido hallar una explicación satisfactoria para sus propósitos.

Hubo un momento de silencio. El panteón estaba ya a sólo cincuenta metros de distancia.

De pronto, Kevin dijo:

—Ese interés de Sadie por permanecer en «Endicott House» sólo puede explicarse por motivos digamos económicos. Manny te arruinó, la propiedad está hipotecada... ¿Qué beneficio espera conseguir permaneciendo aquí hasta que venza el plazo de la hipoteca?

—No tengo la menor idea —respondió la joven—. Pero si piensa que hay algún tesoro oculto, se equivoca por completo.

—¿Por qué has mencionado la palabra tesoro? —quiso saber él. Paulina se encogió de hombros.

—¿Qué sé yo? —contestó—. Se me ocurrió, eso es todo —sonrió amargamente—. Teníamos algunos cuadros de bastante valor y tuvimos que venderlos. ¿No has visto las señales en el empapelado de las paredes de la sala?

Kevin asintió. Ya estaban delante del panteón.

Una verja de sólidos barrotes, artísticamente trabajada y protegida en su parte interior por gruesos vidrios, cerraba la entrada. La llave estaba puesta en la cerradura.

—¿Puedo...? —preguntó él.

Paulina asintió en silencio.

—No entres —aconsejó Kevin—. Quédate ahí afuera.

El joven hizo, girar la llave y empujó la puerta. Los goznes estaban oxidados y chirriaron desagradablemente.

Una escalera de seis peldaños, que se hundía en la tierra, aparecía a renglón seguido de la puerta. Kevin descendió la escalera y llegó al fondo del panteón.

Olía a humedad y a moho. El ambiente no podía ser más tétrico.

El panteón tenía forma alargada. Había una doble fila de nichos en toda su longitud. Bastantes de ellos estaban todavía desocupados.

Las sepulturas llegaban hasta el techo, que distaba del suelo cuatro metros. En sentido horizontal, había seis nichos y en vertical había cinco.

—Treinta sepulturas por cada lado —calculó el joven a media voz—. Sesenta en total.

Examinó las inscripciones grabadas en las lápidas. Algunos de los nichos carecían de ellas y los ataúdes se hallaban todavía al descubierto.

Casi al final del lado izquierdo, encontró el féretro que contenía

los restos del esposo de Paulina.

La inscripción era harto sencilla:

Emmanuel Grant
1925 —1965

Manny era el diminutivo del nombre verdadero de Grant, pensó Kevin.

De pronto, arrastrado por un impulso incontenible, golpeó el féretro con los nudillos.

El sonido le demostró que el ataúd estaba ocupado.

Así, pues, Paulina había sufrido una pesadilla.

Sintió que se ahogaba. Giró sobre sus talones y salió al exterior.

El sol le dio de lleno en la cara. Kevin respiró profundamente.

Cerró con llave de nuevo y se volvió hacia la joven. Paulina le dirigió una mirada inquisitiva.

—Está ahí —contestó Kevin, de modo significativo—. El ataúd no... no suena a hueco.

Paulina se estremeció.

—Debí soñar con él —murmuró.

—Regresemos —indicó Kevin.

Poco más tarde, se despedía de la joven.

—Procuraré volver a verte así que sepa algo nuevo —prometió.

Montó en el coche y arrancó.

Unos minutos más tarde, se detenía en el lugar en el cual no podía ser visto desde la casa.

Tenía el portafolios al lado. Levantó los cierres y examinó su contenido.

Todo aparecía normal. La cartera sólo contenía documentos que no tenían relación alguna con Paulina.

Sin embargo, Kevin se dio cuenta de que alguien había registrado la cartera. Había dejado los documentos de tal forma, que por muy bien que los colocasen después, tenía que notarse que una mano extraña los había movido de su sitio.

Sonrió satisfecho. El truco había dado resultado.

—Ahora —murmuró, arrancando de nuevo—, sólo falta saber por qué quieren permanecer Sadie y Bishop en la casa.

CAPÍTULO VI

Al día siguiente, por la mañana, Kevin Ruffer recibió un susto mayúsculo.

La telefonista le pasó una llamada del capitán Wendell.

—¿Quiere usted acompañarme a la Morgue? —preguntó el oficial de policía.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Kevin casi a gritos.

—Descuide —contestó Wendell—. No se trata de alguien que le interese particularmente. Sin embargo, creo que le agraderá estar al corriente de lo que sucede. Tome su coche y espéreme en la puerta de la Morgue. Ah, el muerto es un hombre; así estará más tranquilo.

Kevin respiró aliviado.

—Acudiré inmediatamente, capitán —prometió.

Un cuarto de hora más tarde, estaba ya en el lugar indicado. Wendell le aguardaba en la puerta, acompañado de dos agentes de uniforme.

—Venga conmigo, Ruffer —dijo el policía.

Los dos hombres, seguidos por los agentes uniformados, entraron en el edificio. Descendieron al piso bajo, donde había una larga hilera de nichos frigoríficos, en los que se conservaban los cadáveres de las personas muertas violentamente, hasta su inhumación.

El empleado de la Morgue les esperaba ya. Sin mediar palabra, tiró de uno de los estantes, haciéndolo surgir al exterior.

Había un cuerpo humano, cubierto por una sábana. El empleado la apartó a un lado.

Kevin hizo una mueca. El aspecto del cadáver no tenía nada de agradable.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Se salió de la carretera con su automóvil —informó Wendell—. El coche cayó por un barranco de más de cincuenta metros de profundidad. No me explico aún cómo no se incendió el vehículo.

—Sí, pero no entiendo por qué me ha traído a ver la víctima de un accidente de circulación —objetó Kevin.

—Es que se trata del cadáver del doctor Lannigan.

Sobrevino un momento de silencio. Kevin trataba de analizar interiormente las palabras del policía.

—Lannigan firmó el certificado de defunción de Manny Grant —murmuró.

—Exactamente.

—¡Por Dios, capitán! —exclamó el joven, con gran vehemencia—. ¿No irá usted a sospechar de Paulina Grant?

Wendell hizo una señal. El empleado se dispuso a cubrir el cadáver nuevamente.

—Es un accidente que resulta demasiado casual —observó Wendell—. Estaba a unos tres kilómetros de «Endicott House» y...

—Pero es un accidente. El médico fue encontrado en el fondo del barranco.

—¡Un momento, señor! —exclamó de repente uno de los policías de uniforme.

Era Donald Lansher.

—Dígame, muchacho —contestó Wendell.

Doren tiró de la manga de su compañero.

—Cuidado, Donald —advirtió en voz baja—; no vayas a meter la pata.

Pero Lansher no hizo caso del consejo de su compañero.

—Perdóneme, capitán —habló—, pero acabo de observar algo que me sugiere la idea de un asesinato.

Wendell se mostró muy interesado.

—Bien, adelante —dijo.

Lansher se acercó al cadáver y observó atentamente la manga derecha de su traje.

—Vea estas señales —indicó—. Son de un neumático, que ha dejado su impronta de polvo en el tejido, al pasar la rueda por encima del brazo. He visto más de un atropellado —añadió—, y he tenido ocasión de observar señales semejantes, que se producen inevitablemente cuando el vehículo pasa por encima del cuerpo de

la víctima. Si es tiempo seco, dejará una señal de polvo, y si llueve habrá señales de barro o, por lo menos, de humedad.

Wendell y Kevin examinaron atentamente la manga de la chaqueta.

—Tiene usted razón, agente —convino al cabo Wendell—. Aunque poco perceptibles, se ven todavía las marcas de un neumático. —Miró al encargado de la Morgue—: Que nadie toque este cuerpo, hasta que hayan venido los expertos del departamento; es preciso obtener fotografías de las huellas. Tal vez por el neumático podamos obtener la identidad del coche que lo atropelló.

—Quizá fue un accidente involuntario —sugirió Kevin—. El automovilista, temeroso de su responsabilidad, metió luego el cuerpo de Lannigan dentro de su coche, lo puso en marcha y lo arrojó luego al barranco.

—Eso significa que Lannigan estaba parado en las inmediaciones de su automóvil —dijo Wendell.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿qué hacía allí? ¿Esperaba a alguien?

—Pudo sufrir una avería y se bajó a investigar. Entonces, llegó el otro, lo atropelló... —Kevin se volvió hacia Lansher—. ¿Estaba el cadáver dentro del coche cuando ustedes lo hallaron?

—Sí, señor —respondió el agente—. Y si me permiten añadir otra cosa...

Lansher se calló, como si tuviera miedo de continuar expresando sus opiniones.

—Hable usted —dijo Wendell—. ¿Qué más iba a decir?

—Bien, señor, no hace mucho ocurrió otro atropello en las cercanías del mismo sitio donde hallamos este cadáver. Quizá lo recuerden ustedes; se llamaba Peter Vorson la víctima, y el que lo atropelló era un tal Manny Grant, quien falleció al poco tiempo, según creo, de un síncope cardíaco.

Wendell y Kevin se miraron. Los dos estaban pensando lo mismo.

—¿Es que le sugiere a usted algo este segundo accidente? —preguntó Kevin.

Lansher se mostraba un tanto reticente.

—Verá, señor —dijo—, yo no quisiera acusar a nadie infundadamente, pero ya entonces el atropello de Vorson me

pareció que podía ser un crimen. Ciertamente, el señor Grant fue exculpado, aunque si Vorson había tenido una avería tan cerca de la casa donde, según dijo Grant, le esperaban para una reunión, ¿por qué no cubrió a pie aquel pequeño trozo de camino? Se habría retrasado solamente media hora y... Bien, Grant lo atropelló, supongamos que involuntariamente. Pero ¿por qué no estaba en su casa, esperando al huésped?

—Cuidado, Donald —advirtió Doren nuevamente—, no te metas en demasiados líos.

—Déjelo usted —intervino Wendell—. ¿Tiene algo más que decir, Lansher?

—Yo creo que no, señor, salvo la coincidencia de los dos atropellados en unos lugares muy próximos.

Wendell miró a Kevin.

—Lannigan fue el que firmó el certificado de defunción de Grant —dijo intencionadamente.

El joven se estremeció.

—Pero ella no...

Wendell se dio cuenta de que el abogado no quería ser más explícito delante de otras personas.

—Está bien —dijo a los dos policías—, han hecho una buena labor, sobre todo usted, Lansher. Pueden retirarse.

Los policías de tráfico salieron del fúnebre lugar. Kevin y Wendell les siguieron a poco.

En la calle, Wendell ofreció un cigarrillo al abogado.

—Lannigan firmó el certificado de defunción de Grant —repitió.

—No creo que haya sido Paulina la autora de ese asesinato. Ni de ninguno —afirmó el joven, rotundo.

—Mire, Ruffer —dijo Wendell, en tono pacienzudo—, estoy acostumbrado a ver muchas cosas raras en mi profesión. Quizá tenga la mente un poco deformada, después de veinte años en el Cuerpo, pero en cuanto hay un delito, todos los relacionados con la víctima me parecen sospechosos.

—Está sugiriéndome que Paulina Grant se deshizo de su esposo, con la complicidad del doctor Lannigan, y que luego, para acallar a éste, lo asesinó también.

—Así pudo ocurrir, ¿no?

—¿Y qué me dice de Peter Vorson?

—Lo mató Grant, a instigación de su esposa. O por celos. Luego, ella se deshizo de ambos sucesivamente: del marido por venganza, y del médico que le proporcionó el veneno, para silenciarlo.

—Muy bien, admitámoslo —dijo Kevin—. Ahora, dígame unos motivos plausibles para la comisión de tales crímenes. No hay dinero de por medio...

—Eso es lo que usted sabe y cree, pero no podría jurarlo.

Kevin se quedó cortado.

La sombra de una duda invadió su mente.

¿Y si todo hubiera sido una comedia hábilmente desempeñada por Paulina, a fin de eludir el castigo de unos crímenes hábilmente perpetrados?

—De lo que no hay duda —dijo Wendell— es que Lannigan murió atropellado y que luego se trató de ocultar el crimen, transformándolo en un accidente. ¿Tiene coche Paulina Grant?

—Imagino que sí —respondió Kevin.

—Los expertos obtendrán fotografías de las huellas del neumático. Las compararemos con las del automóvil de la señora Grant.

Wendell clavó los ojos en el rostro de Kevin.

—Y si es culpable... —añadió significativamente, pero sin concluir la frase.

—Ella dijo que Sadie Sutts la había amenazado. ¿Qué antecedentes ha obtenido de esa mujer y de Carson Bishop?

—Ninguno todavía, es preciso confesarlo. Pero nadie escuchó tales amenazas, Ruffer. Puede tratarse de una invención de la señora Grant.

—Si usted hablase con Sadie Sutts lo negaría rotundamente. Declararía que todo es una invención de Paulina. ¿Va a detenerla, capitán?

Wendell se acarició la mandíbula.

—No puedo hacer nada, mientras no sepa a qué coche pertenecen esas huellas. Pero si llegan a corresponder a las del de la señora Grant, la detendré, acusada de homicidio en primer grado.

Kevin se estremeció. El homicidio en primer grado llevaba aparejada implícitamente una petición fiscal de pena máxima.

Hubo un pensamiento que se le hizo aún más insoportable que el de que Paulina pudiera ser condenada a morir ejecutada: el que

hubiese cometido tres asesinatos a sangre fría.

—Trataré de demostrar su inocencia —manifestó.

Pero había en su voz un matiz de inseguridad, que él mismo supo captar. Y se dio cuenta de que no confiaba en la inocencia de Paulina.

CAPÍTULO VII

Sadie Sutts cruzó el vestíbulo con paso reposado, y acudiendo al sonido del llamador, abrió la puerta.

Una mujer apareció en su campo visual. Era joven, unos treinta años, de pelo rubio y formas generosamente redondeadas. Vestía de manera estrepitosa, con zapatos de tacón altísimo, y se adornaba con numerosas joyas de bisutería barata, que tintineaban al menor movimiento que hacía.

—Usted dirá, señora —habló el ama de llaves.

—Señorita corrigió la recién llegada. —Señorita Betsy Ryler. ¿Tiene la bondad de anunciarme a la señora Grant?

—¿Puedo preguntarle para qué desea verla?

La rubia miró a Sadie con aire desdeñoso.

—Usted es aquí una sirvienta —dijo en tono ofensivo—. Limítese a hacer lo que le digo y no se preocupe de los motivos de mi visita.

Los ojos de Sadie despidieron chispas.

—Está bien —contestó con voz neutra—. Iré a avisarle de su presencia, pero no respondo de que pueda recibirla.

—Me recibirá —aseguró Betsy con amplia sonrisa—. Sobre todo cuando se entere que quiero hablarle de un buen amigo de su difunto esposo. Ande —agitó la mano desdeñosa—, avísela.

Sadie acompañó a la joven hasta el saloncito y luego cerró la puerta.

Betsy Ryler quedó en la pieza. Sacó una pitillera de su bolso de imitación de cuero y encendió un cigarrillo.

—No está mal la choza —comentó a media voz.

Luego se asomó a la ventana.

—El parque es magnífico, pero si fuera mío, me construiría una

piscina inmediatamente.

Momentos después, se abrió la puerta de la estancia. Al ruido del picaporte, Betsy se volvió en el acto.

Las dos mujeres se estudiaron en silencio durante unos momentos.

—Soy Paulina Grant —se presentó la dueña de la casa al fin—. ¿En qué puedo servirla, señorita Ryler?

—Trataré de ser breve, señora —declaró la opulenta rubia—. Tengo entendido que su esposo murió hace pocos días.

—En efecto.

Era amigo de Peter Vorson, el cual murió dos semanas antes.

—Así es.

—El señor Vorson y yo éramos también muy amigos —dijo Betsy, sonriendo maliciosamente—. Tanto, que empezábamos a hablar ya de matrimonio.

—A juzgar por su expresión —contestó Paulina con frialdad—, no parece usted deplorar su muerte excesivamente.

—Oh, sí, claro que lamento su pérdida. Y más de lo que usted se figura. Aparte de que era un tipo estupendo, su ausencia me ha provocado problemas digamos de tipo económico.

—Si viene a pedirme dinero, le advierto de inmediato que no puedo darle más allá de veinte dólares —respondió Paulina—. La propiedad está hipotecada y el Banco se hará cargo de ella en un plazo inferior a dos meses. Si usted era... amiga del señor Vorson, le habrá contado sin duda que su disparatada expedición a la América Central consumió todo mi capital. Por supuesto, no a gusto mío.

—Sí, algo sé al respecto —admitió Betsy con todo desparpajo—. Peter confiaba en encontrar qué sé yo cuántos tesoros de los indios.

—No encontraron nada —dijo Paulina—. De lo contrario, ¿cree que tendría hipotecada la propiedad? Vaya al

Trade & Country

City Bank y pregunte en la sección correspondiente; le informarán que debo abandonar la casa antes de dos meses. ¿No le parece que, en tal caso, habría heredado de mi difunto esposo la parte correspondiente de tales tesoros y que mi situación económica sería muy distinta?

Betsy seguía sonriendo. Paulina se dio cuenta de que sus alegatos no parecían hacer mella en el ánimo de la visitante.

—Peter encontró algo... —afirmó Betsy—. Y tengo motivos para saberlo. Es más, poseo la seguridad de que fue asesinado para despojarle de lo que era legítimamente suyo.

—No tengo la menor idea de lo que me está diciendo, señorita Ryler —contestó la joven, con toda frialdad—. Y si sólo era ése el motivo de su visita, le agradeceré se sirva dejarme sola.

Los ojos de Betsy emitieron chispas de ira.

—Estoy segura de que usted conoce más cosas de las que pretende ignorar —dijo irritadamente. Abrió el bolso, sacó de él una tarjeta de visita y la depositó sobre la mesita próxima—. Ahí tiene usted mi dirección, señora. Comprendo que si su esposo arriesgó dinero en la expedición, usted trata de resarcirse en lo posible de tales gastos. Por lo tanto, permitiré que se apropie de la mitad de lo que encontró Peter. ¡Pero nunca del total! ¿Me ha entendido?

Paulina se extrañó del énfasis que ponía Betsy en sus afirmaciones.

¿Acaso era cierto que Vorson había hallado algo de valor en su expedición al Yucatán y lo había ocultado luego a su amigo y financiador Manny Grant?

—¡Un momento, señorita Ryler!

Betsy se disponía a abandonar la estancia y miró a la joven con atención.

—¿Señora Grant? —contestó.

—Parece usted muy segura de que Peter Vorson consiguió algo verdaderamente valioso en su expedición —dijo la joven.

—Lo estoy —repuso Betsy en tono firme—. Peter me habló del asunto en un par de ocasiones, aunque, desgraciadamente, no fue demasiado explícito al respecto.

—¿Le dijo de qué objetos se trataba?

—Sólo habló de su incalculable valor. Centenares de miles de dólares.

Paulina se sobresaltó.

—¡Es una suma enorme! —exclamó.

—Por eso digo que quiero la verdad —sonrió Betsy—. Ya ve que no soy ambiciosa y comprendo que si su esposo financió la expedición, usted tiene ciertos derechos sobre ese tesoro. Pero yo quiero la mitad..., o de lo contrario, la policía metería sus narices donde a usted no le agradaría que lo hiciera.

—Le aseguro que no sé nada sobre ese asunto —replicó Paulina. Betsy volvió a sonreír.

—Bueno, bueno, volveré a llamarla dentro de cuarenta y ocho horas. Tal vez en ese espacio de tiempo usted haya... recobrado la memoria —dijo significativamente.

Y se fue, con gran contoneo de sus pomposas caderas.

Durante unos momentos, Paulina quedó en el mismo sitio, desconcertada por las manifestaciones de Betsy Ryler. Luego, con una rápida mirada a través de los ventanales, se convenció de que todavía tenía tiempo de alcanzar a Kevin Buffer antes de que hubiese dado por terminada su jornada.

Salió de la habitación y se dirigió a su habitación a todo correr. Se cambió rápidamente de indumentaria y volvió a toda prisa al piso bajo.

Cuando se disponía a salir, recordó que había olvidado la tarjeta de visita de Betsy Ryler. Regresó al saloncito y, recogiénola de encima de la mesa, la guardó en el bolso.

Unos momentos después, sacaba el coche del garaje y partía raudamente en dirección a la ciudad.

Sadie Sutts y Bishop contemplaron la partida de la joven desde uno de los ventanales del lado opuesto de la casa.

—¿Adónde irá con tanta prisa? —preguntó el hombre.

—A ver a su abogado, seguramente —declaró Sadie.

—Le contará todo lo que le ha dicho Betsy Ryler.

—¿Puedes dudarlo, Carson?

Bishop soltó una gruesa interjección.

—Esa Betsy ha aparecido en el momento menos oportuno —rezongó.

—Bueno, ya sabíamos que era la novia de Vorson.

—Sí, pero llegamos a creer que Vorson había sido mudo como una tapia.

Sadie exhaló una agria carcajada.

—En este caso, la tapia tenía megáfonos —dijo sarcásticamente.

—Los altavoces hacen mucho ruido, en efecto —convino Bishop—. Pero cuesta poco silenciarlos. Basta con media vuelta a un interruptor y...

Sadie asintió calladamente. Bishop había dejado la frase a medio concluir, pero su sentido se comprendía con toda facilidad.

Paulina llegó al despacho de Kevin cuando el joven estaba recogiendo ya sus cosas para marcharse a su casa.

—¡Paulina! ¿Qué te trae por aquí? —exclamó.

De pronto, se dio cuenta de que la joven aparecía muy excitada.

—¿Te ocurre algo? —preguntó solícitamente—. Espera, siéntate y te serviré una copa.

Momentos después, entregaba la copa a la joven. Paulina tomó unos sorbos de licor y luego le dirigió una profunda mirada.

—Kevin, creo que empiezo a comprender por qué fue asesinado Manny —dijo al cabo.

—¿De veras? Eso es muy interesante —respondió Kevin.

La miró de nuevo. No, no era posible que Paulina hubiese asesinado a su esposo. Y sin embargo..., parecía como si todas las pruebas estuviesen en contra suya.

—He recibido una visita —declaró Paulina, quien, acto seguido, relató a Kevin cuanto le había dicho Betsy Ryler.

Kevin frunció el ceño.

—Entonces, es posible que la expedición haya dado sus frutos —murmuró. Se acordó de que uno de los policías sostenía la tesis de que Vorson había sido asesinado por el esposo de Paulina—. Y que el botín de la misma haya sido el origen de esas tres muertes.

—¿Tres muertes? —se extrañó ella.

—Sí. El doctor Lannigan también fue asesinado.

—¡Lannigan! —repitió ella, palideciendo intensamente—. Leí en los periódicos que se trataba de un accidente de automóvil.

—Los periodistas no están informados de la verdad.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Tengo un buen amigo en la policía.

Paulina apoyó el codo en el brazo del sillón y se tapó los ojos durante unos momentos.

—Tengo la impresión de que estoy viviendo una pesadilla —murmuró con voz débil—. ¿Cómo... es posible que Lannigan fuera asesinado? ¿Por qué?

—Debe tratarse de algo relacionado con el certificado de defunción de Manny Grant —contestó Kevin.

Paulina levantó el rostro y se enfrentó con el abogado. Lenta pero irresistiblemente, la comprensión de lo que él pensaba penetró en su cerebro.

—¡Oh, no, no!... —exclamó ahogadamente—. ¡No es posible que tú...! ¡Te juro que yo no maté a Manny!

—Paulina —dijo Kevin—, personalmente, no creo que tú lo hicieras. Pero soy abogado y...

Ella se puso en pie de un salto. Dirigió al joven una mirada aterrorizada, y de repente, sin permitirle seguir hablando, huyó de la habitación, tropezando con todos los muebles.

Kevin intentó detenerla, pero ya era tarde.

«Ha visto que sospecho de ella» se dijo amargamente.

Y lo cierto era que las dudas más horribles torturaban su cerebro.

CAPÍTULO VIII

Aquella misma noche, después de cenar, Kevin se dirigió al domicilio de Betsy Ryler.

El conserje le informó que la joven había salido hacía un par de horas.

—¿Puede usted informarme dónde podré encontrarla? —preguntó Kevin, apoyando la petición con un billete de cinco dólares.

—Seguramente estará en el «Titus» —respondió el hombre, embolsándose el dinero—. Suele acudir allí todas las noches, para... Bien —añadió, sonriendo maliciosamente—, es una muchacha que carece de bienes de fortuna y de algo tiene que vivir, ¿no?

El conserje añadió la dirección del local mencionado, que resultó hallarse a sólo tres manzanas del domicilio de Betsy.

Kevin estaba interesado en aclarar aquel misterio.

En otros tiempos, llegó a apreciar bastante a Paulina. La razón le decía que bien podía considerarla como culpable, pero un desconocido instinto le hacía presentir que la joven estaba siendo víctima de unas circunstancias, accidental o voluntariamente, confabuladas en contra suya.

El «Titus» era un local de entrada angosta, cuyo rótulo de neón azulado brillaba con intermitencia. El interior estaba sumido en una semipenumbra debido a la escasa y difusa iluminación de que se disfrutaba. No era muy grande y el atractivo principal consistía en las damas de fácil virtud que buscaban clientela masculina.

Kevin se encaminó al mostrador. Un rubicundo camarero le preguntó qué deseaba tomar.

—Mis preferencias, en estos momentos —respondió el joven—, se encaminan hacia una dama asidua del local. —Puso cinco dólares

sobre el tablero—. Betsy Ryler.

—Mire hacia el rincón de la derecha —contestó el barman, haciendo desaparecer el billete con rapidez de prestidigitador—. Lo malo es que no es usted el único en sentir preferencias hacia ella.

—Gracias, amigo —contestó el joven.

Betsy estaba muy entretenida con la conversación del hombre que se hallaba situado a su lado y que se inclinaba pegajosamente hacia ella. La joven reía de un modo que a Kevin le pareció artificioso e insincero.

—¿Señorita Ryler? —preguntó.

La joven le dirigió una mirada especulativa.

—Sí, yo misma —contestó.

—Deseo hablar con usted —manifestó el joven.

—En otro momento, hermano —declaró el hombre que se hallaba junto a Betsy—. Ella me atiende a mí ahora.

Betsy le dirigió una mirada de circunstancias. «Lo siento, amigo. ¿Qué se le va a hacer? Este pollo ha llegado antes que tú», decía en silencio.

Kevin sabía cómo soslayar ciertos obstáculos. Metió la mano en el bolsillo y sacó a medias un pequeño rollo de billetes, procurando que sólo fuese divisado por la opulenta rubia.

—Estoy en el mostrador —fue todo lo que dijo.

Y regresó al lugar indicado, situándose en un extremo solitario del mismo.

Agitó la mano. El barman acudió rápidamente.

—¿Qué toma Betsy Ryler? —preguntó el joven.

—Es una devota, del *bourbon*, señor.

—Entonces, ponga das. A mí, con tónica.

—Sí, señor.

Kevin había sabido calcular bien. Betsy se le unió un par de minutos más tarde.

La joven se encaramó en el taburete, sin prestar importancia al hecho de que la falda, se le subiera hasta la mitad de los muslos, y le dirigió una sonrisa incitante.

—Bien, guapo mozo, ya estoy aquí. ¿Qué es lo que deseas?

—El barman me habló de tus preferencias —sonrió Kevin, acercándole el vaso—. Pide lo que necesites.

Betsy despachó el licor de un trago.

—¿Otra? —invitó Kevin.

Se daba cuenta de que Betsy era una mujer astuta. Si atacaba de frente, ella se replegaría en el acto, presentándole todas sus defensas.

Era preciso rendir la plaza, atacándola por los flancos, Kevin se mostró ameno, ingenioso y hábil conversador. Mientras Betsy tomaba tres copas, el joven consumía una.

Al cabo de un buen rato, Kevin captó en los ojos de Betsy un brillo especial, que le indicó que estaba a punto de conseguir su objetivo.

—Oye, nena —dijo—, este sitio está demasiado concurrido. ¿No conoces tú otro donde podamos charlar los dos con más intimidad, sin necesidad de moscones a nuestro alrededor?

Betsy le dirigió una mirada llena de alcohólica ternura.

—Mi apartamento es ideal para estos casos —contesto—. Ven, allí hablaremos...

—Espera, que voy a pagar y, además, nos llevaremos una botella. Esto siempre ayuda a charlar, ¿no es así?

—Claro que sí, buen mozo.

Kevin abonó el importe de las consumiciones, pagó también una botella y se apeó del taburete. Betsy, que se sostenía ya con bastante dificultad, se agarró a su brazo.

—¡Huy! —exclamó—, creí que el suelo se me escapaba de debajo de los pies.

Y emitió una risita, seguida de un hipo, que a Kevin le pareció augurio muy satisfactorio.

Minutos más tarde, se hallaban en el piso de la mujer. Betsy lanzó el bolso a un lado y luego, sacudiendo las piernas, hizo que los zapatos volaran por los aires. Casi con el mismo gesto, se derrumbó en un diván.

—Ven —invitó con turbia sonrisa, extendiendo los brazos hacia el joven.

—Espera que llene los vasos, ¿no? —contestó él, sonriendo.

Momentos después, ponía una copa en manos de Betsy. Ella apuró el contenido casi de un golpe y luego, de pronto, echó los brazos al cuello de Kevin.

—Me gustas —dijo, con voz ya estropajosa por el alcohol.

—Lo celebro —sonrió él—. No sabes cuánto me alegro de haber

contribuido a mitigar tus penas.

—¿A qué penas te refieres? —preguntó ella, extrañada.

—Pues... tengo entendido que ibas a casarte con un tal Peter Vorson.

—Ah, sí —contestó Betsy con cierta indiferencia—. Mala suerte. Al pobre lo atropelló un automóvil...

—¿Quién me dijo que fue un asesinato? —inquirió Kevin, fingiendo inocencia.

—¿Asesinato? —Betsy hipó de nuevo—. Sí, eso creo yo también, pero ¿quién lo demuestra?

—Tienes razón. Un hombre que comete un asesinato mediante el atropello de su víctima por un automóvil, tiene muchas probabilidades de conseguir que su crimen quede impune. Pero, toma, bebe otro trago.

«Parece una esponja», pensó Kevin, observando la avidez con que la joven ingería el licor.

—Lo más sensible de todo es la situación tan delicada en que te dejé, ¿no es cierto?

—Sí —contestó ella, con cierto acento de rencor—. Pensaba que al casarme con él, tendría todos los caprichos... y ya ves...

—¿Era muy rico?

—No, pero tenía... Oye, ¿por qué te interesas tanto por mi novio?

Kevin sonrió.

—Curiosidad, simplemente. No sé quién me dijo que era explorador y que se había traído un enorme tesoro de no sé qué sitio.

—Sí, eso es lo que él me dijo, pero yo no lo sé. Anda, muchacho, ponme otro trago.

Kevin complació a la joven. Betsy empezó a dar cabezadas.

—Centenares de miles de... de dólares... —tartajeó Betsy—. Y todo se fue al cuerno... cuando... cuando le mataron...

—Entonces, fue un asesinato.

—Sí. ¡Canallas! Matar al mejor hombre que he conocido...

Betsy empezó a llorar de repente. Kevin, dándose cuenta de que tenía que ganársela, la atrajo hacia sí e hijo que apoyase la cabeza en su pecho.

Procuró consolarla, murmurando suaves palabras de afecto.

—El criminal será castigado —dijo—. ¿O puede hablarse de una asesina?

—No... aunque yo creo que ella se beneficiará de... de su muerte... Grant fue el que... el que lo mató...

—Tal vez para quedarse con todo el tesoro.

—Sí... Grant... financió la expedición... y luego quería quedarse con el setenta y cinco... por ciento... Peter sostenía que le correspondía el cincuenta... Por eso lo mató.

—De modo que ahora, el tesoro está en «Endicott House».

—¿Dónde, si no?

La cabeza de Betsy se dobló bruscamente sobre su pecho.

Kevin la alzó un poco.

—Betsy, dime, ¿te indicó Peter en qué lugar de «Endicott House» se hallaba el tesoro?

Los labios de la joven se movieron dificultosamente.

—Piedra... —y luego dijo algo que el joven no pudo entender. No sabía si había pronunciado una palabra o era tan sólo un suspiro siseante, escapado de los labios de Betsy en el momento de quedar sumida en un profundo sueño.

Colocó a la mujer tendida sobre el diván. Apoyó su cabeza en un cojín y luego buscó una manta en el interior de la casa, con la que cubrió su cuerpo. A continuación apagó la luz y se dirigió hacia la salida.

Había conseguido bastante, aunque no todo lo que esperaba. Sin embargo, confiaba en que una nueva conversación con Betsy le permitiría averiguar más cosas.

Pero tendría que dejarlo para la noche siguiente. Ya sabía el truco para desatar la lengua de Betsy.

De todas formas, había averiguado algo que, por el momento, le satisfizo bastante.

Grant había asesinado a Vorson. ¿Quién había sido luego el asesino de Grant?

¿Paulina, su propia esposa?

Se le antojaba monstruoso..., pero la duda seguía hurgando en su cerebro como una barrena puesta al rojo vivo.

El hombre cruzó la calle tranquilamente y se metió en el portal de la casa donde residía Betsy.

La noche era relativamente fresca y cubría su cuerpo con un

impermeable oscuro. Las alas del sombrero arrojaban una pronunciada sombra sobre sus facciones, en las que, por otra parte, poco se hubiera podido advertir, salvo las grandes gafas de color y el espeso bigote que orlaba su labio superior.

Entró en la casa y se metió en el ascensor. Segundos más tarde, salía del aparato y caminaba por el pasillo, buscando una puerta determinada.

No tardó en encontrarla. Tanteó el pomo.

Una sonrisa apareció en sus labios.

La puerta estaba abierta. Hizo girar el pomo y se coló en el interior del piso.

Cerró cuidadosamente a sus espaldas. Luego, tanteando con la mano izquierda, buscó el interruptor de la luz.

Las tinieblas desaparecieron en el acto. El sujeto miró en torno suyo.

Betsy Ryler dormía apaciblemente boca arriba, con los labios entreabiertos. Un brazo pendía fuera del diván.

El hombre sacó algo del bolsillo del impermeable. Presionó un botón y sonó un chasquido. Algo centelleó con metálicos reflejos bajo la luz de la lámpara inmediata.

Se acercó a la durmiente y apartó la manta. Luego, eligiendo con cuidado el sitio, apoyó la punta del cuchillo en el pecho de la joven. Presionó de repente, con brusco golpe, empujando a fondo.

Betsy sufrió un terrible estremecimiento. Abrió un instante los ojos, despertada súbitamente, pero no tardó en caer de nuevo en el sueño definitivo.

El asesino esperó unos minutos, hasta que todo movimiento de la víctima hubo cesado. Luego se separó del cadáver, dejando el arma en la herida.

Acto seguido se dirigió hacia la puerta. Miró en torno suyo. Todo estaba en orden.

Una mano, enfundada en piel negra, apagó el interruptor de la luz. Silenciosamente, como había llegado, el asesino desapareció del teatro de su crimen.

CAPÍTULO IX

El ruido del motor de un automóvil despertó súbitamente a Paulina.

La joven se sentó en el lecho. ¿Quién llegaba a «Endicott House» a unas horas tan intempestivas?

Escuchó unos momentos. Luego, dirigió una mirada al reloj que tenía sobre la cabecera de la mesa.

Alguien hablaba en la parte delantera de la casa. Paulina salió con presteza de la cama y corrió descalza hacia la ventana, pero llegó ya tarde.

La luna iluminaba la explanada con toda claridad. No había nadie.

La frialdad del suelo en sus pies le hizo saber que estaba bien despierta. Eran las cuatro de la mañana. ¿Quién era el incógnito visitante?

Regresó al lecho y se calzó las zapatillas. Envolvió su cuerpo en la bata y volvió junto a la ventana.

Esperó unos momentos. De pronto, vio a un hombre que caminaba con paso rápido hacia la loma del panteón.

Un terrible estremecimiento sacudió todo su cuerpo. Ahora ya no soñaba. Tenía la completa seguridad de hallarse en la plenitud de sus facultades mentales.

El hombre caminaba en sentido lateral a ella, con lo que su rostro aparecía de perfil a los ojos de Paulina. La luna hacía resaltar claramente sus facciones.

Estuvo tentada de abrir la ventana y llamarle a gritos, pero un oscuro sentimiento de prudencia le hizo desistir en el acto. Temía que le ocurriese algo grave si Manny llegaba a enterarse de que ella conocía su existencia.

Pero ¿cómo se las había arreglado Manny para simular su muerte tan hábilmente?

Empezaba a comprender por qué había muerto Lannigan.

La figura de Manny desapareció a lo lejos, en dirección al panteón. Paulina comprendió que su esposo se escondía en aquel tétrico lugar.

De pronto, se le ocurrió una idea. Acercóse a la puerta y la entreabrió escuchando durante unos momentos.

No se percibía el menor sonido. Terminó de abrir y emprendió el descenso a la planta.

Cruzó el vestíbulo, llegó a la puerta y descorrió muy lentamente el pesado cerrojo de seguridad, a fin de evitar cualquier sonido delator. Una lámpara de poca potencia, especial sólo para las noches, arrojaba movedizas sombras contra las paredes.

Salíó afuera, convertida en un espectro a causa de la blancura de su bata de tules y gasas. No pensaba ir al panteón, sino, simplemente realizar una comprobación.

Dio la vuelta al edificio y corrió el garaje. La puerta estaba abierta.

Había allí dos coches, el suyo y el de Carson Bishop. Tocó el suyo en primer lugar. Después puso la mano sobre el capot del motor del otro.

Aún conservaba un poco de calor.

Permaneció así durante unos momentos. ¿Adónde había ido Manny a aquellas horas?

Estuvo pensativa unos momentos. Tenía que pedir ayuda a alguien de confianza.

Sólo podía prestársela Kevin Ruffer, a pesar de que había leído la sospecha en sus ojos. Sin embargo, no se lo reprochaba; cualquiera, en su lugar, habría pensado de igual manera.

Regresó lentamente a la casa. Antes de entrar, exploró el vestíbulo con la vista. Estaba desierto...

Cruzó el umbral y se dirigió con paso rápido hacia el saloncito, donde estaba el teléfono. Apenas había traspasado la puerta, oyó rumor de pasos que se acercaban a aquel lugar.

Llena de terror, miró en torno suyo buscando un arma para defenderse. No tardó en encontrar un jarrón, del cual se apoderó situándose inmediatamente a un lado de la puerta.

Ésta se abrió. La clara cabellera de Bishop apareció en primer lugar.

El hombre dio un paso en el interior de la sala. Era cuestión de segundos que descubriese a la joven.

Paulina lo comprendió así. Empujó la puerta con la mano izquierda y, al mismo tiempo, descargó el jarrón sobre la cabeza del individuo.

Bishop se desplomó fulminado. Temblando de excitación, Paulina se arrodilló a su lado y le puso una mano en el corazón.

Respiró aliviada. Sólo se trataba de un desvanecimiento.

—Terminó de cerrar la puerta y corrió hacia el teléfono. Al lado estaba la guía.

La hojeó rápidamente, hasta encontrar el número correspondiente al domicilio particular de Kevin Ruffer.

Hubo de esperar casi un minuto antes de que el joven le contestase. En todo ese tiempo, no dejó de observar el inerte cuerno de Bishop, temiendo que midiera despertar en cualquier momento. Ahora no tenía a mano ningún jarrón para defenderse.

—La voz de Kevin sonó por fin en sus oídos.

—¿Quién es? —preguntó el joven, con acento somnoliento.

—Paulina Grant —repuso ella, a media voz.

—¡Paulina! —se sorprendió Kevin—. ¿Qué te ocurre a estas horas?

—Acabo de ver a mi esposo.

Sobrevino un momento de silencio. La joven comprendió lo que Kevin estaba pensando en aquellos instantes.

—No estoy soñando ni soñaba cuando lo vi hace menos de un cuarto de hora —añadió—. Kevin, está vivo, completamente vivo, ¿me comprendes?

—Sí, claro... —dijo él, desconcertado.

—Ignoro cómo simuló su muerte. Pero imagino que la del doctor Lannigan tiene algo que ver con esta ficción. Yo le vi en su ataúd y hubiera jurado que estaba muerto.

—Paulina —habló Kevin en tono reposado, ya recuperado—, ¿no se tratará de alguien que ha tomado el aspecto de Manny, a fin de poder cometer los crímenes con plena impunidad, achacándoselos en caso de ser descubiertos, a un muerto? El rostro de una persona, mediante un hábil maquillaje, puede imitarse con

bastante facilidad...

—¿También su porte, sus andares, sus ademanes...? —alegó ella con cierta vehemencia—. Kevin, conocía bastante bien a mi esposo, para equivocarme en un asunto tan trascendental.

—Muy bien. Admitámoslo. Manny está vivo. Pero ¿por qué fingió su muerte?

—No lo sé, Kevin, excepto que, supongo, debe estar relacionado todo con el supuesto tesoro que Vorson halló en el Yucatán. ¿Es que ya no te acuerdas de la visita que me hizo ayer Betsy Ryler?

—Es cierto —convino el joven pensativamente—. Algo de eso hay; debe de haber un fondo de orígenes económicos en este turbio asunto.

—Kevin —dijo ella de pronto.

—Dime, Paulina.

—Me gustaría que vinieses a ayudarme en una cosa.

—¿De qué se trata?

—Quiero abrir el ataúd de mi esposo y comprobar de una vez si está vivo o muerto.

Hubo un momento de silencio.

—Paulina, voy a darte un consejo. No lo hagas por ti misma; podría costarte caro. Eso está prohibido por la ley.

—Pero es que...

—Aguarda —cortó él las protestas de la joven—. Hablaré por la mañana con el capitán Wendell y le explicaré lo que sucede. Es buen amigo mío y creo que Accederá a solicitar un mandamiento judicial, con el fin de proceder a la apertura del féretro. Para ti y para todos, es la mejor solución, ¿comprendes?

Paulina emitió un profundo suspiro.

—Está bien, como quieras. ¿Tardarás mucho?

—No puedo predecir nada. Sólo te pido paciencia, por favor.

—Sabré tenerla, pero, te ruego que vengas lo antes posible.

—De acuerdo.

La joven colgó el teléfono.

Dirigió una pensativa mirada a Bishop. Luego, presa de un repentino impulso, se acercó al lugar donde estaba caído el sujeto, y arrodillándose, empezó a recoger todos los fragmentos del jarrón roto, aun los más menudos, que colocó en el hueco de la falda de su bata. A continuación, apagó la luz y salió de la sala.

Dentro de sus preocupaciones, aún tuvo humor para sonreír.

Cuando Bishop despertase, se preguntaría lleno de perplejidad qué objeto era el que le había causado el desvanecimiento.

Paulina salió fuera, al jardín, y arrojó los restos del jarrón detrás de un seto. Regresó a la casa y se dijo que estaba desarmada.

Nunca había tenido una pistola, aunque en cierta ocasión, había oído a su esposo que tenía una. Sin embargo, no podía arriesgarse a perder el tiempo buscándola.

Lo más sencillo era ir a la cocina y coger un cuchillo.

Estaba dispuesta a usarlo contra quien quiera que pretendiese atacarla.

Momentos después, se hallaba de nuevo en su cama. El cuchillo quedó bajo la almohada.

Se dio cuenta de que ya no podría dormir en el resto de la noche. Pero permaneció tendida en la oscuridad, reflexionando sobre el increíble descubrimiento que acababa de hacer.

Manny estaba vivo, ¿por qué había simulado su fallecimiento?

Comprendía parcialmente los motivos, pero le habría gustado conocerlos con toda claridad.

De pronto, cuando menos lo esperaba, sintió los pasos de una persona que se acercaba a su dormitorio.

Empuñó el cuchillo, sin abandonar su posición, con la mano oculta por la misma almohada. Era la posición de una persona sumida en un fuerte sueño.

La puerta se abrió muy despacio y un ligero resplandor procedente del pasillo, penetró en la estancia. Paulina apretó con más fuerza el mango del cuchillo.

No era una persona, sino dos las que entraron en el dormitorio. Paulina las reconoció de inmediato, mirando a través de los párpados entrecerrados.

Sadie y Bishop se acercaron al lecho silenciosamente.

—Está, dormida —rezongó el hombre.

—Luego no ha podido ser ella —contestó Sadie.

—¿Quién, si no? Estamos los tres solos en la casa —manifestó Bishop, con un evidente malhumor—. Oí ruidos en el vestíbulo me acerqué a ver quién era. No había nadie, pero cuando entré en el saloncito...

Bishop emitió una interjección de grueso calibre. Sadie le

reprendió.

—Cuidado, no grites tanto; podrías despertarla.

—Está dormida como un leño, no pases cuidado. ¿Quién habrá sido el sujeto que me golpeó?

—Tal vez algún vigilante que el abogado puso por cuenta suya. Es muy amigo de ella.

—En todo caso, ese vigilante no se habría dejado ver —adujo Bishop, con bastante sensatez.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Sadie dijo:

—Lo que interesa es hallar cuanto antes lo que Carson se trajo de la América Central. En cuanto lo tengamos...

Sadie dejó la frase sin concluir, pero su significado se entendía claramente.

—Sí, pero el caso es que no sabemos dónde está. —Bishop soltó una amarga risotada—. La pieza más valiosa de su pretendida colección es una pretendida lápida funeraria, que no vale ni el barro cocido de que está hecha. Seguro que se estará divirtiendo ahora mucho, si puede ver nuestro chasco.

—El está fuera de combate ya —dijo Sadie rabiosamente—. Nosotros seguimos con vida... y podemos continuar la búsqueda.

—¿Por cuánto tiempo? A menos que lo consigamos antes de que el Banco se haga cargo de la casa, habremos trabajado en balde.

—Todavía quedan seis semanas largas. Es cuestión de buscar, Carson. Y ahora, vámonos; no sea que vayamos a despertarla.

La pareja se alejó del lecho, con no poco alivio por parte de Paulina.

Antes de que salieran, la joven pudo oír todavía a Bishop pronunciar una frase:

—¿Quién diablos habrá sido el tipo que me atacó?

La puerta se cerró silenciosamente. Paulina se incorporó sobre un codo y miró en aquella dirección.

Respiró profundamente. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía la frente inundada de sudor.

Aflojó la presión de los dedos, pues le dolían a causa de haber apretado inconscientemente, con gran fuerza el mango del cuchillo. En cierto modo, se sentía contenta: había descubierto bastantes cosas, de las cuales enteraría a Kevin en cuanto le viese.

CAPÍTULO X

Apenas salió de su domicilio, Kevin Ruffer se encaminó a la Jefatura de Policía y solicitó una entrevista con el capitán Wendell.

El sargento de guardia le informó que ello era imposible.

—Ha sido requerido para investigar un asesinato cometido esta noche —respondió—. Ignoro cuándo regresará, pero si quiere que le deje su aviso...

Kevin depositó una tarjeta sobre la mesa del sargento.

—Hágame el favor de decirle que me llame, apenas disponga de unos minutos de tiempo. Es urgente.

—Lo haré, señor Ruffer —prometió el policía.

Abandonó el despacho. Cuando salía, dos agentes entraban comentando algo que llamó inmediatamente la atención del joven.

—Es un crimen corriente —decía uno.

—Sí, esas mujeres acaban así muchas veces. Se buscan clientes de todas clases, desconocidos casi siempre y alguno de ellos acaba degollándolas para robarles dos dólares.

—Bueno, no importa; creo que hay bastantes huellas dactilares en la casa y...

Kevin detuvo a los policías.

—Perdónenme —dijo—. He oído su conversación sin querer y... El crimen de que hablaban, ¿es el que está investigando el capitán Wendell?

—Así es, señor —respondió uno de los agentes.

—¿Conocen ustedes el nombre de la muerta?

—Betsy Ryler. Le clavaron una navaja en el corazón.

Kevin sintió un fuerte golpe en el pecho. ¡Betsy ya no hablaría más!

A duras penas pudo hacer un esfuerzo por sonreír.

—Muchas gracias, agente —dijo.

Segundos después, volaba por las calles en dirección al domicilio de Betsy Ryler.

Había varios coches policiales parados en la calle. Una ambulancia llegaba en aquellos momentos, haciendo aullar su sirena.

El joven intentó penetrar en la casa, pero un policía le cerró el paso.

—Soy amigo del capitán Wendell —manifestó—. Haga el favor de decirle que tengo algo interesante que manifestar con respecto al asesinato que acaba de cometerse.

Kevin no tardó en verse frente al oficial de policía. Wendell no parecía hallarse de buen humor aquella mañana.

Los expertos en huellas y el fotógrafo trabajaban activamente. Kevin se dio cuenta de que uno de los policías estaba procurando sacar las impresiones digitales que había en las copas.

—Dígale que no se moleste —declaró—. Aparte de las de la muerta, verá otras huellas dactilares. Son mías.

Wendell pegó un respingo.

—¿Cómo? ¿Estuvo usted anoche con Betsy Ryler?

—Sí, pero cuando la dejé estaba viva. Borracha perdida, aunque viva —afirmó el joven con acento rotundo.

—¿Qué hora era, aproximadamente?

—Las doce de la noche, cinco minutos más o menos.

—El médico opina que el crimen ha debido cometerse entre la una y las cinco de la madrugada —murmuró el policía—. Claro que el margen de tiempo puede ampliarse hacia abajo.

—Yo no fui —aseguró Kevin—. Sin embargo, estoy dispuesto a admitir que encontrarán muchas huellas mías.

—¿A qué vino usted aquí? —preguntó Wendell.

—Betsy Ryler fue la novia de Peter Vorson.

Hubo un momento de silencio.

—Esto se complica —rezongó el policía—. Un puñal puede ser manejado fácilmente por una mujer, Ruffer.

—Comprendo lo que piensa, pero me parece que no ha sido Paulina Grant la autora del crimen.

—¿Quién, entonces?

—Su esposo. Está vivo.

Wendell miró al joven con desconfianza.

—Usted dijo antes que cuando se separó de Betsy Ryler, ésta se hallaba completamente embriagada. ¿Se embriagaron los dos juntos y aún le dura la borrachera, Ruffer?

—En absoluto —manifestó Kevin con acento rotundo—. Pero soy abogado y en cierto modo, defensor de los intereses de la señora Grant. Por tanto, le pido que solicite un mandamiento judicial, para proceder a la exhumación de los restos de Manny Grant... es decir, abrir el féretro y ver si está en él o no. Así saldremos de dudas... y empezaremos también a explicarnos por qué murió el doctor Lannigan.

—Las huellas de los neumáticos corresponden con las de su propio coche —murmuró el policía.

—¿Lo han comprobado ya?

—Sí. No hay duda al respecto.

—Eso demuestra la inocencia de Paulina Grant. Es difícil que una mujer pueda manejar el cadáver de un hombre para meterlo en su propio coche, después de haber fingido el atropello.

—Yo no me fiaría tanto —masculló Wendell—. A veces, las mujeres sacan fuerzas de donde menos se espera. Para mí, sigue siendo la principal sospechosa.

—¿Y si fue su marido el que cometió el crimen?

—Entonces, es sospechosa de complicidad.

—Pero ella es la primera en pedir que se abra el féretro. No haría una cosa semejante si hubiese ayudado a su esposo a cometer semejantes crímenes. Al contrario, le interesaría asegurar a los cuatro vientos que continuaba muerto.

—Los argumentos de Kevin parecieron hacer mella en el ánimo del policía.

—Está bien —dijo—. Ahora, hableme de los motivos que le trajeron a visitar a Betsy Ryler.

—No vine a visitarla, sino que la encontré en un bar próximo, el «Titus». Fingí ser su... cliente y la hice beber, a fin de obligarla a soltar la lengua.

—¿Por qué?

Kevin explicó a Wendell la visita que la muerte había hecho a Paulina la tarde anterior.

—Es evidente —continuó—, que Vorson encontró algo de gran

valor en su expedición a la América Central. Betsy mencionó centenares de miles de dólares. Ahí está el meollo del asunto —concluyó.

Wendell se acarició el mentón con gesto pensativo.

—Está bien —dijo—. Pediré ese mandamiento de exhumación e iremos cuanto antes a «Endicott House»...

Un policía se acercó en aquel momento.

—¿Capitán?

—Dígame, Holmes —respondió Wendell.

El agente tenía en la mano un objeto envuelto en un pañuelo.

—Es el arma del crimen —dijo—. El mango estaba limpio a excepción de la huella de un índice. El asesino ha cometido un error, que le llevará a sentarse delante de un jurado.

Kevin sintió que la esperanza renacía en su pecho.

—Compare esa huella con las que hay en los vasos y la botella —dijo—. Encontrará algunas más... pero desde aquí afirmo que el índice que tocó el cuchillo no era mío.

Holmes miró al oficial. Wendell movió la cabeza afirmativamente.

—Hágalo cuanto antes —indicó el capitán.

Kevin tendió sus manos.

—Aquí mismo puede tomarse las huellas, a fin de ahorrarle trabajo —manifestó.

El informe del técnico en huellas resultó favorable para el joven.

—La impronta que hay en el mango de la navaja no corresponde a ninguna de las del señor Ruffer —declaró, en presencia de éste, dos horas más tarde, ya en el despacho de Wendell.

Kevin miró extrañado al oficial de policía.

—¿Cómo es posible que el asesino haya dejado tan sólo una huella, si empuñó el arma para matarla?

—Seguramente, limpió mal la empuñadura. ¿No es así, Holmes? —contestó Wendell.

—Eso misma opino yo, señor —respondió el técnico.

Un sargento entró en aquel momento con un papel en la mano.

—Capitán, el mandamiento para exhumar los restos de Manny Grant —dijo, entregándoselo.

Wendell guardó el documento en el interior de su chaqueta. Miró al joven.

—Imagino que estará deseando realizar esta diligencia cuanto antes, Buffer.

—En efecto, capitán.

Wendell se volvió hacia el sargento.

—Slayer, tome dos hombres y busque las herramientas necesarias. Vamos a abrir una tumba —dijo.

—No necesitarán más de un destornillador —declaró Kevin—. El féretro de Grant está en su nicho, pero aún no ha sido colocada la lápida.

—Estuve en el panteón de los Endicott. Paulina me lo enseñó.

Una leve sonrisa apareció en los labios del veterano policía.

—Parece que se interesa usted mucho por la señora Grant —comentó.

—Bueno —refunfuñó el joven—, nos conocimos en la Universidad, aunque ella empezaba y yo ya terminaba. Pero desde entonces, han pasado nada menos que ocho años.

—Ésa no importa. Es una mujer muy hermosa y usted soltero.

—El esposo está vivo —le recordó el joven rígidamente.

—Eso es algo que está todavía por demostrar —contestó Wendell.

El sargento Slayer entró de nuevo.

—Todo listo, capitán —anunció.

—¿Vamos? —dijo Wendell poniéndose en pie.

El joven le imitó. Se dio cuenta de que su corazón le latía a un ritmo superior al normal. ¿Era a causa de Paulina?

CAPÍTULO XI

Sadie Sutts contempló con rostro impasible al grupo de hombres que se hallaba frente a la puerta de la casa. Sus facciones no se alteraron lo más mínimo, ni cuando reconoció al joven, ni tampoco al ver a varios hombres de uniforme.

—¿La señora Grant? —preguntó Wendell.

—Tengan la bondad de pasar —contestó Sadie, echándose a un lado. Iré a avisarla. Está en...

—Si no le importa —se adelantó el joven—, yo la acompañaré, señora Sutts.

Wendell se volvió hacia Slayer.

—Esperen aquí —ordenó. Y siguió a Kevin y al ama de llaves.

—La señora Grant está hablando con el señor Bishop —manifestó Sadie—. No sé si le gustará que...

—Deje que nosotros carguemos con los riesgos —atajó Kevin enérgicamente—. Límitese usted a indicarnos el camino, eso es todo.

—Sí, señor —contestó Sadie con aparente mansedumbre. Pero, en su interior, devoraba la furia que le había acometido al ver a los policías.

Detúvose frente a una puerta y la abrió.

—Aquí es —dijo.

Wendell pasó el primero y Kevin le siguió en el acto. Entonces oyeron la voz de la joven, que sonaba con trémolos de irritación.

—No creo una sola palabra de los tesoros que el señor Vorson anunció que encontraría. Aquello fue solo un pretexto para, en complicidad con mi esposo, despojarme de mi fortuna.

—Le aseguro, señora, que el tesoro existe —respondió Bishop—. Sólo que no sé cuándo...

El escritor se interrumpió repentinamente.

Paulina se dio cuenta de ello y volvió la cabeza.

—¡Kevin! —exclamó, sin poder disimular su satisfacción.

El joven dio unos pasos hacia ella.

—Hola, Paulina —dijo—. Te presentó al capitán Wendell, de la División de Homicidios. Capitán, la señora Grant, el señor Bishop.

Paulina saludó con una inclinación de cabeza. Bishop contestó con un gruñido.

Wendell dio un paso hacia adelante, con el documento en la mano.

—Señora —dijo—, crea que lamento la misión que me ha sido encomendada, pero usted misma lo ha solicitado. Éste es el Mandamiento del juez para proceder a la apertura del ataúd donde reposan los restos de su difunto esposo.

—Allí no hay nadie —contestó Paulina firmemente—. Manny está vivo.

—¡Qué tontería! —exclamó Bishop—. Manny murió. El doctor Lannigan firmó su certificado de defunción.

Kevin dirigió una penetrante mirada al escritor.

—Tengo la impresión —dijo—, que el doctor Lannigan fue un cómplice en el simulacro de la muerte del señor Grant. Firmó, en efecto, un certificado de defunción, pero era falso. Eso fue su perdición, porque había alguien a quien no le interesaba que hablase y lo asesinó, simulando un accidente.

—El doctor Lannigan se despeñó con su automóvil —aseguró Bishop.

—Poseemos pruebas incontrovertibles de que fue asesinado —declaró Wendell.

Bishop se encogió de hombros.

—En todo caso, él se lo buscó por firmar un certificado falso —dijo indiferente—. Pero yo no he visto siquiera el fantasma de Manny Grant.

—Usted acompañó al señor Vorson en la expedición, ¿no es cierto? —preguntó Kevin de pronto.

—En efecto —respondió el escritor—. Fui algo así como el cronista oficial de la expedición. Ahora estoy escribiendo un libro sobre la misma.

—¿Dio algún resultado, señor Bishop?

—Si se refiere a tesoros, la respuesta es no.

Hubo un momento de silencio.

Kevin paseó la vista por la estancia, que tenía todo el aspecto de un cuarto de trabajo.

De pronto, sobre un estante que pertenecía al conjunto de una librería, divisó algo que parecía una losa cuadrada, de más de medio metro de lado, por quince o veinte centímetros de grosor. La losa estaba cubierta de numerosos jeroglíficos, cuyo alcance escapó a los conocimientos del joven.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Bishop volvió la vista hacia la losa.

—Ah —contestó—, una especie de lápida conmemorativa, de la época de los Mayas. Fue lo único que se trajo Vorson del Yucatán.

—¿Se trajo o se trajeron?

Bishop captó la intención de la pregunta.

—Yo me vine una semana antes que él. Estaba harto de selva, mosquitos, serpientes, arañas y toda suerte de bichos venenosos. Total, para encontrar un pedazo de barro cocido, sin apenas valor.

—Temo que los expertos en Arqueología Precolombina disientan de su opinión —contestó el joven con leve sonrisa.

—En todo caso, no se puede negar que es un objeto muy decorativo. Vorson lo trajo aquí para regalárselo a un generoso mecenas...

—Un mecenas con la fortuna de su esposa —cortó Kevin irónicamente.

Bishop volvió a encogerse de hombros.

—En todo caso, no es cuenta mía —respondió.

—Creo que estamos perdiendo ya el tiempo —intervino Wendell—. Señora Grant, ¿quiere usted guiarnos al panteón donde fue sepultado su esposo?

—Desde luego, capitán.

Wendell se volvió hacia Bishop.

—No se ausente de la casa —indicó.

—Aquí me encontrarán en el momento que lo deseen —dijo, con perfecta tranquilidad el escritor.

Salieron los tres de la habitación.

Sadie aguardaba en el vestíbulo. El ama de llaves guardaba una compostura llena de dignidad y corrección.

—Señora Sutts —dijo Paulina—, vamos al panteón. Tenga la bondad de preparar café para estos señores. Tomarán unas tazas conmigo a la vuelta.

—Sí, señora —contestó Sadie con voz neutra.

Paulina se dirigió hacia la puerta. Slayer y los dos agentes continuaban en el exterior. Uno de los policías llevaba en la mano un maletín de buen tamaño.

Pocos momentos después, se detenían ante la verja del panteón. Entonces, Wendell dijo:

—Un minuto, por favor.

Kevin y Paulina se volvieron para mirarle.

—¿Qué sucede ahora, capitán? —preguntó el joven.

—La señora Grant podría quedarse afuera —sugirió Wendell—. Estas cosas no son agradables de presenciar y menos para una mujer.

—Podré soportarlo fácilmente —aseguró Paulina.

—A su gusto, señora —dijo Wendell. Se volvió hacia uno de los agentes y le hizo una seña.

El policía se arrodilló y abrió el maletín. Luego sacó unos objetos que causaron en Paulina una notable perplejidad.

—¿Para qué son esas máscaras, capitán? —preguntó, Kevin.

Un agudo olor a desinfectante se expandió por la atmósfera.

—Tengo una pequeña experiencia en esta clase de asuntos —explicó Wendell—. Cuando se abre un féretro, conviene tener puesta una máscara sobre la boca y las fosas nasales.

—Está bien —contestó el joven.

Un minuto después, todos los presentes tenían cubierta la cara por completo, a excepción de los ojos. Las máscaras eran similares a las usadas por los cirujanos en el quirófano, salvo por el grosor de las gasas que las componían para absorber el desinfectante de que habían sido impregnadas.

Paulina abrió la verja. Con toda cortesía, Wendell la apartó a un lado.

—Permítame, señora.

Wendell y sus hombres pasaron en primer lugar. Kevin y Paulina entraron a continuación.

Segundos más tarde, se hallaban frente al ataúd de Manny Grant. Wendell agitó la mano y uno de los agentes se aplicó a la

tarea de aflojar los tornillos que sujetaban la tapa.

Paulina buscó instintivamente la mano de Kevin. Éste sintió que las uñas de la joven se clavaban en el dorso de su mano, pero no hizo nada por aflojar la presión.

Era comprensible que Paulina se sintiese sumamente excitada. También él lo estaba.

Los tornillos fueron quitados al fin. El policía miró a Wendell, quien movió la cabeza afirmativamente.

La tapa fue levantada. Pese a la protección de las máscaras, todos los presentes pudieron percibir un hedor espantoso.

Paulina lanzó un grito ahogado y se tambaleó. Kevin se vio obligado a sujetarla por la cintura, para evitar que cayera al suelo.

Wendell se inclinó sobre el cadáver que yacía en el interior del féretro. Meneo la cabeza y luego se volvió hacia la joven.

—Señora... —su voz sonaba extrañamente deformada al pasar a través de la máscara—, ¿podría usted identificar el cadáver que hay en el féretro?

La joven volvió los ojos hacia Kevin, con expresión implorante.

—Tienes que ser fuerte —dijo él.

Paulina asintió.

—Lo... lo intentaré.

Era una escena tétrica en extremo. El ataúd se hallaba casi en el punto más alejado de la puerta. El contraste entre la luz que brillaba al otro lado y la penumbra del interior, proporcionaba al lugar una ambientación lúgubre, deprimente.

Kevin avanzó a la par que Paulina, sin dejar de sostenerla. La joven se inclinó un instante sobre el féretro y luego se retiró con presteza. —Es... es el mismo...— balbuceó.

—¿Está segura? Tenga en cuenta que su afirmación puede serle tomada en cuenta más adelante —advirtió Wendell.

—El rostro está irreconocible... —dijo Paulina, que estaba a punto de desmayarse—, pero... pero las ropas... el anillo de boda y otro con tres piedras que le regalé... cuando se cumplió el primer aniversario de nuestro matrimonio... Entonces, aún creía en él...

—Lo del rostro no es de extrañar —declaró Wendell—. Algunos cuerpos son atacados por la corrupción *post mortem* con grandísima rapidez. De todas formas, su esposo murió ya hace algunas semanas, ¿no es cierto?

Paulina asintió en silencio.

Wendell se volvió hacia los agentes y ordenó:

—Ciérrenlo y salgan fuera. Salgamos nosotros también.

Se alejaron casi medio centenar de metros de aquel fúnebre lugar. Kevin se desató los lazos de la máscara y la arrojó a un lado, con gesto de ira.

—¿Cómo es posible que hayas podido equivocarte de tal modo, Paulina? —dijo.

—Lo siento —respondió ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Hubiera jurado que era Manny...

—Su esposo murió —afirmó Wendell.

—Entonces, ¿cómo se explica la muerte del doctor Lannigan? —preguntó el joven.

—Tal vez lo estamos relacionando con este asunto, en el cual no tenía nada que ver —respondió el policía.

—Quizá —dijo Kevin, no muy convencido—. Bien, ¿qué va a hacer ahora con la señora Grant? Sigue considerándola como sospechosa, ¿no es cierto?

Paulina contuvo la respiración. Wendell la miraba de un modo extraño.

—Soy inocente —murmuró la joven con débil acento.

—Primero quiero conocer el resultado del examen de nuestro experto en huellas dactilares —dijo Wendell, tras unos segundos de reflexión—. Ahora tomaremos las suyas, señora.

Kevin se volvió hacia Paulina.

—Betsy Ryler fue asesinada esta madrugada —dijo—. Olvidé decírtelo antes, Paulina.

—Dios mío —murmuró ella, aterrada—. ¿Quién la ha matado?

—Yo también soy un sospechoso —sonrió Kevin—. Estuve hablando con ella y han aparecido en la casa muchas huellas de mis dedos.

—Sin embargo, falta averiguar a quién corresponde la huella que hay en el mango del arma homicida —manifestó Wendell.

—Estuve toda la noche en casa —afirmó Paulina—. No me he movido de ella en absoluto.

—¿Tiene usted alguien que pueda corroborar su declaración, señora Grant? —preguntó Wendell.

Paulina calló un instante. Iba a mencionar el nombre de Bishop,

pero se contuvo oportunamente. ¿Qué iba a decir el escritor? Ni siquiera la había visto cuando le rompió el jarrón sobre la cabeza.

—No —contestó con voz apagada.

—Vamos a la casa —decretó el policía—. He traído todo lo necesario para tomarle las huellas. No me siento inclinado a arrestarla todavía, ya que si bien las circunstancias aparecen en contra suya, me faltan pruebas contundentes. La comparación de sus huellas con la encontrada en el arma homicida dirá la última palabra al respecto.

—Estoy segura de que esa huella no es mía, capitán —aseguró Paulina con voz más firme que en anteriores ocasiones.

—De todas formas, dejaré un agente vigilando la casa. Ya que no la detengo, al menos debe comprender que he de tomar mis precauciones.

—Muy lógico —admitió la joven.

Cuando llegaban a la casa, apareció Bishop en la puerta.

—¿Qué, encontraron algo positivo? —preguntó, con amplia sonrisa.

—Manny Grant sigue en su ataúd —respondió Wendell.

—¡Ése está más muerto que mi abuela! —contestó el escritor, soltando una estentórea carcajada.

CAPÍTULO XII

Por la noche, Kevin recibió una llamada telefónica.

Estaba en su casa, vestido con ropas cómodas, estudiando un legajo que debía resolver hacía algunos días y que las circunstancias le habían impedido despachar. Su mente, sin embargo, apenas penetraba en las líneas escritas que tenía delante de los ojos.

El timbre del teléfono le arrancó de las profundas meditaciones en que se hallaba sumido. Alargó el brazo y se llevó el aparato a la oreja.

—Abogado Ruffer —dijo mecánicamente.

—¿Qué tal, amigo? Tengo una buena noticia para usted.

Kevin reconoció en el acto la voz de Wendell. Abandonó la cómoda postura en que se hallaba y se enderezó.

—Hable, capitán —dijo.

—La huella que se encontró en la navaja homicida, no es de la señora Grant.

—Me lo imaginaba —contestó el joven simplemente—. Gracias, capitán.

—Se alegra, ¿eh? —rió Wendell—. En cambio, yo no puedo sentirme demasiado satisfecho.

—¿Por qué?

—Bien, esto introduce un nuevo elemento de confusión en el caso. ¿Quién mató a Betsy Ryler?

Kevin reflexionó unos momentos.

—¿No sería más lógico —habló al cabo—, preguntarse por los motivos que indujeron al asesino a cometer su crimen?

—Sí, pero ¿qué motivos son éstos? —masculó Wendell.

—Están relacionados con el tesoro que Vorson encontró en América Central.

—Bishop afirmó que lo del tesoro resultó una fábula.

—Una cosa es que lo diga y otra que, en efecto, exista ese tesoro. Wendell soltó un bufido.

—Vamos, Buffer, no me salga usted ahora con que también cree en leyendas estúpidas. ¿Sabe usted lo que pienso yo de todo este maldito asunto?

—No estoy dentro de su cerebro —ironizó el joven.

—Se lo diré ahora mismo: asunto de faldas.

—¿De veras lo cree así?

—Amigo Kevin, hay algo que no se me puede negar y es, por lo menos, tiempo de permanencia en la policía. Llevo más de veinte años en el oficio y conozco el paño. Tenga en cuenta que hay tres mujeres hermosas... había, mejor dicho, puesto que una de ellas ha sido asesinada ya. Pero las rivalidades por celos han podido provocar esta serie de crímenes, a cuyo autor o autores tanto nos cuesta descubrir.

—¿Y de quien podía estar celosa Paulina Grant?

—¿Y de quién podía estar celosa Sadie Sutts? —Le remedó Wendell—. No me negará usted que, aunque madurita, todavía tiene muchos encantos que harían andar de cabeza a más de uno y a más de diez hombres también.

—Eso es cierto, pero ¿de quién podía sentir celos Sadie Sutts?

Wendell dejó escapar un gruñido de ira.

—¿Y yo qué sé? Ya lo averiguaré, de todas formas. Luego pasaré al Departamento de Policía una factura por un consumo extra de aspirinas. ¡Lo que me va a doler la cabeza! —se lamentó el policía. Se despidió del joven—: Bien, le dejo; ahora telefonaré a «Endicott House» para que se retire el policía que dejé allí de vigilancia. Buenas noches, Ruffer.

—Buenas noches, capitán. Y gracias por todo.

Kevin volvió el aparato a la horquilla.

Por un momento, sintióse tentado de llamar a Paulina, pero se contuvo casi en el acto.

Era posible que alguien escuchase su conversación telefónica; ya había ocurrido algo similar días pasados. Por otra parte, ella se enteraría de que las sospechas de Wendell se habían disipado, apenas viera que se marchaba el agente de vigilancia en la casa.

Dejó la carpeta con los documentos a un lado. Aquella noche le

iba a resultar imposible seguir estudiando el asunto.

Se sirvió una copa y la apuró a pequeños sorbos mientras se paseaba por la estancia. Empezó a rememorar todos los sucesos del día.

Se acordó del mal rato que habían pasado en el panteón. No quería evocar el horrible aspecto del cadáver de Manny Grant.

«Y sin embargo —se dijo—, sólo lleva muerto unas tres semanas. ¿Cómo es posible que la cara de un hombre, por muy rápido que haya sido el proceso de descomposición, se haya hecho irreconocible por completo?».

Porque, se dijo, Paulina lo había identificado por las ropas y los dos anillos.

Sin embargo, de haberlo visto desprovisto de su atuendo, no habría podido afirmar que el cadáver era el de su esposo.

Una brusca idea se le ocurrió de repente.

Apuró el resto del licor de un trago y se sirvió otra dosis.

—No es posible —se dijo, hablando casi en voz alta.

Sin embargo, la sospecha seguía aferrada a su mente.

—Ha tenido que ser así —murmuró—. Paulina estaba demasiado segura de que el hombre a quien había visto era Manny..., su propio esposo. Estuvieron casados más de cinco años; en ese tiempo, una mujer aprende a conocer a su marido y es muy difícil que se equivoque.

Bebió una segunda dosis de licor y decidió que era más que suficiente. Dejó el vaso a un lado y se dirigió a su dormitorio para cambiarse de ropa.

Pensaba salir y efectuar una visita nocturna al panteón de «Endicott House».

Estaba seguro de que el cadáver que habían visto en el féretro no era el de Manny Grant.

Por lo tanto, el individuo a quien Kevin consideraba ya como el asesino, seguía aún con vida. El panteón era su escondite.

Sadie Sutts despertó bruscamente, al sentir unos pasos en su habitación. Alargó la mano, encendió la lámpara de noche y se sentó en la cama.

—¡Manny! —exclamó—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

El hombre hizo un gesto de desagrado.

—Estoy harto de continuar siendo un cadáver —gruñó,

acercándose al lecho—. ¿Cuándo diablos acabamos con este maldito asunto?

—Espera un poco. Es preciso encontrar lo que Vorson trajo del Yucatán...

—Tú duermes en un lecho cómodo y abrigado, ¿verdad? —dijo Grant sarcásticamente—. ¿Por qué no te cambias unas horas tan sólo conmigo? Te aseguro que no es nada divertido pasar horas y más horas metido en aquel ataúd...

—¿Preferirías acaso que te sentasen en la cámara de gas? —preguntó la mujer.

—¿Habría alguien que pudiese acusarme de las muertes conocidas? —replicó Grant.

—De la de Vorson, sí. Te vimos Bishop y yo.

Grant la miró torvamente.

—¿Serías capaz? —preguntó.

—Por supuesto que no —contestó Sadie, dulcificando el gesto—. Era sólo un decir, Manny...

—Todo lo que quieras, pero tú y Bishop tenéis las manos limpias. Es cierto que maté a Vorson, aunque ya sabes de la manera que ocurrió la cosa. El... tipo me enfureció, cuando pretendía quedarse nada menos que con la mitad de lo que encontré en el lugar de las excavaciones... La verdad es que no quería matarlo...

—Pero murió —dijo ella.

Grant se acercó a la mesilla de noche y tomó un cigarrillo.

Inhaló el humo profundamente, dejándolo luego escapar poco a poco.

—Nunca debí seguir vuestro consejo —rezongó.

—No digas tonterías —exclamó Sadie ásperamente—. Teníamos que quitarnos aquel cadáver de en medio. El atropello pasó por legítimo, ¿no?

—¿Y la muerte de Lannigan? Tuve que hacerla yo, el supuesto cadáver, claro. Vosotros dos no queráis correr riesgos; si se encontraba algún rastro sería el de un muerto...

—Lannigan se dio cuenta de que la droga que te suministramos, a fin de hacerte pasar por muerto, sólo te provocaba, en realidad, un estado cataléptico. Si luego quiso luchar con su descubrimiento, en lugar de avisar a la policía, aún debemos estarle agradecidos, ¿no crees?

—¿Y Betsy Ryler? —chilló Grant—. ¿Por qué hube de silenciarla yo también? ¿Qué le pasa a Carson Bishop? Teme mancharse las manos de sangre, pero no le importa aprovecharse de mis crímenes, ¿verdad?

Sadie saltó de la cama y tomó la bata.

—Será, mejor que te calmes un poco y reduzcas el volumen de tus berridos —dijo fríamente—. De lo contrario, va a oírte hasta el capitán Wendell.

Grant se estremeció.

—No me lo recuerdes —gruñó—. Creí que me moría de miedo esta mañana, cuando entraron en el panteón.

Sadie sonrió, a la vez que rodeaba el cuello de Grant con sus mórbidos brazos.

—El truco de la sustitución de cadáveres dio un resultado magnífico. Ninguno de los presentes pudo decir que aquellos restos no eran los tuyos, ¿verdad, cariño?

—Allí te habría querido ver yo, con aquel hedor —rezongó Grant.

—Bueno, pero ahora ya se han convencido de que estás muerto. Por lo tanto, no volverán a molestarnos más. —Sadie le besó.

Grant se zafó de aquel cálido dogal de carne blanca y perfumada.

—¿Y qué me dices del hallazgo de Vorson? Tres muertos... y sin ningún provecho hasta ahora. ¿Es que no se te ocurre a ti ningún sitio donde pudo haberlo escondido?

—No tengo la menor idea, querido —contestó ella—. Pero Bishop es un buen chico y sabrá encontrarlo, antes de que el Banco se haga cargo de la propiedad.

Grant frunció el ceño.

—Por cierto, ¿dónde se halla Bishop ahora? —preguntó.

—Durmiendo, supongo.

—Me gustaría verle, Sadie.

—¿Para qué? —se extrañó ella.

—Tengo ganas de hablar con él, eso es todo. Bishop —es un sujeto que obtendrá un gran provecho, sin haber expuesto lo más mínimo. Anda, ve a su cuarto y despiértalo.

La mujer hizo un gesto de enojo.

—Manny, si hacemos demasiado ruido, Paulina se despertará —

objetó.

—Muy bien. —Grant se dirigió hacia la puerta—. Ya iré yo al cuarto de Bishop, puesto que tanto te disgusta.

—Espera, querido —dijo Sadie, corriendo hacia él—. Quédate aquí. Le llamaré y... No te muevas, por favor.

Sadie abrió la puerta y asomó la cabeza. El pasillo estaba desierto.

Salió del dormitorio y se acercó a uno situado dos puertas más adelante. Entró en él y desapareció de los ojos de Grant, quien había sacado ligeramente la cabeza fuera del umbral de la puerta.

Momentos después, Sadie apareció ante sus ojos.

—No está —dijo, desconcertada.

—Ya me imagino dónde debe hallarse a estas horas —declaró Grant con firme acento, a la vez que salía del dormitorio.

Sadie intentó cortarle el paso. El la apartó a un lado con gesto colérico.

—Estoy harto ya de tantas dilaciones —masculló—. No es justo que yo haga todo el trabajo y que otros se lucren, sin poner nada por su parte.

Descendió rápidamente las escaleras, seguido por el ama de llaves.

—Manny, por favor —murmuró ella—, no hagas ruido. Si Paulina se despierta y te ve, estaremos perdidos todos.

—¿Crees que ella no sabe que estoy vivo? ¿Por qué te imaginas que fueron hoy al panteón?

—Pero ella misma se convenció de que estás muerto —alegó Sadie.

Grant se detuvo en medio del vestíbulo.

—Escucha de una vez, Sadie. Voy a hacerte una proposición: cuando quieras, ve al panteón y métete en el ataúd y cierra la tapa para que no te vean. Te recomiendo también que permanezcas treinta minutos, sólo treinta, encerrada en aquel angosto espacio, respirando el poco aire que entra apenas por los tres o cuatro agujeritos de ventilación. Ya verás cómo enseguida te entran deseos de acabar con todo..., que es lo que pienso hacer inmediatamente.

Sadie se alarmó.

—Manny, ¿qué intenciones tienes? No irás a matar a Bishop, ¿verdad?

Grant se volvió y dirigió a la mujer una penetrante mirada.

La comprensión de los sentimientos de Sadie llegó en el acto a su mente. Aquella mujer, con su perturbador hechizo, le había arrastrado a la comisión de unos crímenes que no tenían perdón posible. Le había fingido un afecto inexistente, que sólo sentía en verdad por el escritor.

Sin embargo, supo dominarse y ocultar sus pensamientos tras una amplia sonrisa.

—No temas —contestó al cabo—; sólo deseo charlar un poco con el amigo Carson Bishop. ¿Vienes?

Sadie asintió en silencio. Grant abrió la puerta del estudio y dio un par de pasos en su interior.

—No está —exclamó sorprendido.

CAPÍTULO XIII

Sadie cruzó el umbral. También aparecía desconcertada.

—¿Me buscaban? —dijo de pronto una voz masculina, a espaldas de ambos.

Grant y Sadie se volvieron al mismo tiempo.

—¡Carson! —exclamó ella—. ¿De dónde sales?

—Hace una noche excelente —sonrió el escritor—. Simplemente, salí a dar un paseo. ¿Qué es lo que pretenden de mí?

—Cierre la puerta, Bishop —ordenó Grant—. Tenemos que hablar.

—Estoy en su casa —contestó Bishop, sin dejar de sonreír. Y después de cerrar la puerta, dio unos pasos en el interior de la estancia—. ¿Cuál es el tema de que se va a tratar? —inquirió.

—Lo que Vorson encontró en la expedición. Es preciso hallarlo de una vez. Tengo ganas de marcharme de aquí cuanto antes, esta noche si es posible —manifestó Grant con hosco acento.

Bishop se encogió de hombros.

—Lo siento. He intentado todas las hipótesis permisibles. He buscado un centenar de soluciones, pero en modo alguno se me ocurre indicar un sitio donde pueda estar escondido ese tesoro, si es que existe realmente —concluyó con acento dubitativo.

—Es real —afirmó Grant—. De lo contrario, Vorson no habría intentado extorsionarme de semejante manera.

El escritor enseñó las palmas de las manos.

—Lo siento. Regístreme si quiere, y mi cuarto también; pero no hallará nada que valga más allá de veinte dólares.

Se acercó a su mesa de trabajo, tomó un cigarrillo y lo encendió con suma tranquilidad.

Grant le contempló hoscamente. Tenía la seguridad de que le

estaban engañando, de que había sido solamente un títere en manos de aquella pareja de desalmados.

Ellos habían ideado aquel monstruoso plan para deshacerse de él y de cualquier posible aspirante al tesoro, incluida Betsy Ryler. Tal vez lo habían encontrado ya y se lo ocultaban.

En cualquier momento podían largarse, dejándole con un palmo de narices, pensó.

La cólera estalló en su interior con la fuerza de una tormenta. Saltó hacia Bishop y, agarrándole por la chaqueta, le zarandeó con fuerza.

—¡Maldito! —rugió—. ¡Me estás engañando! ¡Los dos! ¿Crees que soy ciego? Me habéis hecho cometer esos crímenes para comprometerme únicamente. En cualquier caso, siempre sería yo el culpable y vosotros podríais alegar un completo desconocimiento de lo que sucede. ¿Dónde está el tesoro? —rugió, agitando a Bishop sin compasión.

En los primeros momentos, el escritor se dejó sorprender, pero no tardó en rehacerse y rechazó a Grant de un furioso empujón.

—¡Suéltame, imbécil! —exclamó airado—. ¿Cree que si el tesoro hubiera aparecido, estaríamos aquí todavía?

—Claro que no —dijo Grant, sonriendo malignamente—. Usted y Sadie se habrían marchado ya, dejándome a mí con el nada lucido papel de cadáver. Y sin posibilidades de asomar la nariz, so pena de ser culpado de tres crímenes. Un bonito plan, ¿verdad?

De repente, sin previo aviso, disparó su puño y alcanzó el mentón de Bishop, derribándole de espaldas.

—¿Dónde está el tesoro? —rugió—. Voy a golpearte hasta que hables...

Se inclinó sobre el escritor y, agarrándole con ambas manos, trató de levantarlo, a fin de continuar pegándole. En aquel momento, sintió un golpe en la cabeza.

—¡Suéltale! —chilló Sadie—. ¡Déjale en paz; él no sabe...!

Grant se revolvió, ciego de ira, y golpeó a Sadie fuertemente.

La mujer salió despedida con gran violencia, trastabilló y fue a chocar contra la librería.

Los estantes oscilaron al impacto del cuerpo de la mujer. La losa de barro cocido que había en el último, se movió un poco y acabó por caer fuera.

Sadie lanzó un agudo grito y se desplomó al suelo. La losa, al caer, la había alcanzado en la cabeza, antes de estrellarse contra el suelo. Vagamente, Grant se dio cuenta de que en el barro cocido se habían producido algunas fracturas con sonido inconfundible, pero lo único que veían sus ojos era el cuerpo inerte de Sadie, caído al pie de la librería.

Un hilo de sangre resbalaba por la sien de la mujer y corría a lo largo de su mejilla.

—¡Está muerta! —dijo, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Bishop se puso en pie lentamente. Lanzó una rápida mirada a la losa de arcilla y luego volvió la vista hacia Grant.

—Ha tenido mala suerte —dijo con frialdad.

Grant se retorció las manos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó, lívido de espanto.

Bishop conservaba una envidiable serenidad.

—No quiero que diga de mí que no colaboro. Déjelo de mi cuenta; yo me encargaré de su cuerpo.

—¿Y yo? —exclamó Grant, aturdido.

—Usted, naturalmente, se volverá al panteón.

—¡No! —protestó Grant—. ¡No quiero encerrarme de nuevo en aquel maldito ataúd!

Esta vez fue Bishop el primero en atacar.

—¡Vuélvete a la tumba, cadáver! —dijo, mientras Grant se desplomaba al suelo, tras recibir un fenomenal golpe en la mandíbula.

Diez minutos después, Bishop depositaba en el ataúd vacío el cuerpo todavía sin sentido de Manny Grant.

Era un féretro de recias tablas, sólido y fuerte. Bishop sacó un destornillador y aseguró la tapa, cerciorándose de que cuando Grant despertase no podría forzarla.

Los agujeros para la respiración habían sido obturados. Éste había sido el motivo de su salida nocturna.

Rió silenciosamente, mientras abandonaba el panteón.

—Esta vez —murmuró, al emprender el camino de regreso a la casa—. Manny Grant es todo un cadáver.

Paulina se despertó súbitamente, presa de una inquietud que no habría sabido definir. Sentóse en el lecho y escuchó atentamente durante algunos momentos.

No se percibía el menor ruido. Pensó que todo habían sido aprensiones suyas y volvió a tenderse en la cama.

Al cabo de un rato, creyó oír el ruido de una puerta al cerrarse. Apartó las ropas de la cama a un lado y saltó fuera.

Corrió hacia la ventana como otras veces, sin lograr ver nada. Se dio cuenta de que empezaba a ponerse nerviosa.

Pasó casi un minuto. De pronto, decidió ver qué sucedía por el piso bajo.

Tomó la bata y se la puso. Tras calzarse las zapatillas, salió al pasillo.

Desde arriba divisó un delgado hilo de luz que salía del cuarto de trabajo de Carson Bishop. El escritor debía estar despierto todavía.

Emprendió el descenso de la escalera sin hacer ruido. Sentía que el corazón le latía alborotadamente, pero el afán de saber cosas nuevas era superior al temor que invadía su ánimo.

Atravesó el vestíbulo y llegó a la puerta del estudio. Miró a través de la rendija y creyó que se iba a desmayar.

Afortunadamente, logró rehacerse. Dio un par de pasos dentro de la estancia y se detuvo a contemplar el inerte cuerpo del ama de llaves.

Miró en torno suyo. Al lado de Sadie, divisó la losa de arcilla cocida caída también en el suelo. Comprendió en el acto que aquella había sido la causa de la muerte de la mujer.

De pronto, le pareció captar un destello metálico que brotaba a través de una de las grietas que había en el cuadrado de arcilla cocida. Acercándose al mismo, se arrodilló y lo examinó con gran cuidado.

La cabeza empezó a darle vueltas. Muchas de las cosas que le habían resultado incomprensibles, empezaron a aparecerse con notable claridad.

Se puso en pie. Era preciso hacer algo.

Kevin tenía que saberlo. Le llamaría. Haría que viniese con el capitán Wendell. Los crímenes cometidos, quienquiera que fuese su autor, tenían que ser castigados.

De repente, oyó el ruido de la puerta.

Se volvió. Bishop entraba en aquellos instantes.

El escritor se quedó parado al verla, durante un segundo. Luego,

recobrándose, avanzó hacia Paulina.

—No debió haberse levantado a curiosear —dijo.

La joven retrocedió un par de pasos.

—Usted la ha matado —acusó.

—No. —Bishop movió la cabeza—. Ha sido... digamos un desgraciado accidente.

—Como el de Vorson y el del doctor Lannigan. Pero Betsy Ryler no murió de forma accidental.

—En los tres casos soy inocente —sonrió el escritor.

—¿Puede jurar que no es cómplice? El cómplice tiene la misma pena que el autor del hecho.

—¿Quién podría demostrar mi complicidad?

Paulina calló un momento. Bishop no parecía abrigar intenciones agresivas.

Si pudiera escapar...

El escritor pareció adivinar sus pensamientos.

—Lo siento —dijo—. No la dejaré marchar.

—Tendrá que matarme, entonces —le desafió Paulina.

—No se ponga melodramática —contestó el escritor burlonamente—. ¿Cómo se me iba a ocurrir cometer un crimen con una mujer tan hermosa como usted?

Paulina captó de repente un súbito cambio de matiz en la voz de Bishop.

—¿Qué..., qué es lo que trata de decirme? —preguntó.

El escritor avanzó hacia ella.

—He encontrado el tesoro —murmuró—. Son centenares de miles de dólares. Pueden ser para los dos.

—¡Está loco!

Bishop se hallaba ya casi junto a Paulina.

—Sí, por usted —dijo roncamente. Y de pronto, sin previo aviso, la estrechó entre sus brazos—. Me enamoré de usted desde el primer día en que la conocí...

Paulina forcejeó por soltarse.

—¡Suélteme, suélteme! —exclamó—. Aunque olvidase todo lo que ha hecho, aunque usted me ofreciese una fortuna mil veces mayor..., no podría aceptarle. Mi esposo vive todavía.

Bishop exhaló una atronadora carcajada.

—¡Tu esposo ha muerto! —contestó—. ¡Y esta vez, de modo

definitivo, absoluto! ¡No saldrá jamás de su tumba!

CAPÍTULO XIV

Kevin Buffer detuvo el coche a buena distancia de «Endicott House» y luego cubrió a pie el resto del camino.

Para acercarse al panteón, pensó que lo mejor sería dar un buen rodeo, a fin de no ser visto desde la casa. No se había atrevido a avisar a Paulina, temeroso de que la joven le traicionase inconscientemente.

Por dicha razón había preferido actuar de modo independiente. En todo caso, si confirmaba sus sospechas, informaría en el acto al capitán Wendell.

El tener que caminar tanto le hizo retrasarse notablemente. Al fin pudo avistar la sombría silueta del panteón desde un punto diametralmente opuesto a la casa.

Avanzó ahora poco a poco, procurando no hacer ruido. Grant podía despertarse inopinadamente.

Sin embargo, ya se había previsto para una contingencia semejante. En el bolsillo derecho del impermeable llevaba un revólver de mediano calibre, de cañón corto.

También se había provisto de una linterna y un destornillador. Aunque había luna, dentro del panteón la oscuridad era absoluta.

Dio la vuelta al mausoleo y se acercó a la verja.

Tanteó la llave, pero al hacerla girar se dio cuenta de que no era necesario.

La puerta estaba vuelta simplemente, pero no cerrada con llave. Se preguntó si Manny Grant habría salido para efectuar una de sus nocturnas correrías, que tanto habían impresionado a Paulina.

Hizo girar la verja. Con la linterna en una mano y el revólver en la otra, descendió lentamente los escalones. El hedor no se había disipado todavía.

Llegó al féretro en que estaba el nombre de Manny Grant. Se preguntó de quién sería el cadáver que había tomado su puesto.

Una amarga sonrisa distendió sus labios. Seguramente, Manny Grant les habría estado oyendo desde el interior de otro féretro, divirtiéndose muchísimo con el chasco que se habían llevado.

Una obra maestra de astucia, era preciso reconocerlo. Grant había previsto una posible exhumación de los restos y se había cambiado de «domicilio», colocando otro cadáver en su ataúd.

Ahora podría confirmar sus sospechas. Wendell se lo agradecería, a buen seguro.

Paseó la linterna por las hileras de nichos. Había tres o cuatro féretros sin cubrir por las correspondientes lápidas. ¿En cuál de ellos «habitaba» Manny Grant?

Repentinamente, un sonido inesperado hizo que se le erizasen los cabellos.

¡Alguien llamaba desde el interior de uno de los ataúdes!

Fueron tres o cuatro golpes seguidos, no muy fuertes, pero claramente audibles. Luego, Kevin oyó algo así como el arañar de limas uñas contra la madera.

Los ruidos cesaron bruscamente. El joven se sintió empapado en sudor de los pies a la cabeza.

Volvió la linterna hacia el lugar de donde procedían aquellos espeluznantes sonidos. Realmente, no era el miedo, que no lo cenia en absoluto, sino el tétrico ambiente en que se hallaba, lo que le había producido aquel instante de desfallecimiento.

El ataúd se hallaba a un metro del suelo. Tocó varias veces con los nudillos en la madera, sin obtener la menor respuesta.

Acercó la linterna al féretro y lo examinó con infinita atención. No tardó en descubrir un lugar donde la madera cambiaba de color ligeramente.

Comprendió lo que había ocurrido. Alguien había encerrado a Grant en el ataúd, sellando después los agujeros de ventilación, con objeto de matarle por simple falta de oxígeno.

Sacó el destornillador y empezó a trabajar frenéticamente. Si Grant tenía que morir, debía ser en forma legal, como sanción a los crímenes cometidos.

El primer tornillo saltó. Kevin sintió que el destornillador le resbalaba a veces, a causa del sudor que mojaba literalmente las

palmas de sus manos.

Uno tras otro, consiguió sacar todos los tornillos. La linterna, colocada sobre el ataúd frontero, proporcionaba una iluminación lateral a la escena.

Hizo un esfuerzo. La tapa era sumamente pesada, pero consiguió lanzarse al otro lado del nicho. El cuerpo de Manny Grant apareció ante los ojos del joven.

El rostro del asesino aparecía horriblemente desfigurado y sus uñas estaban rotas. Tenía los dedos ensangrentados, sin duda a causa de los esfuerzos que había hecho por liberarse de aquella cárcel.

Los ojos de Grant estaban casi fuera de sus órbitas. Venciendo sus aprensiones, Kevin le puso una mano sobre el pecho.

¡El corazón había dejado de latir!

Inspiró profundamente. Kevin era tolerante, pero creía en Dios.

—Es justicia divina —murmuró, tremendamente impresionado.

Una vez, Grant había simulado un síncope cardíaco. En la presente ocasión, el fallo de su corazón había sido auténtico.

—El miedo a morir asfixiado le mató —dedujo acertadamente.

Sintió que la cabeza le daba vueltas. Recogió la linterna y se precipitó fuera del panteón.

El fresco de la noche le despejó bastante. Se llenó los pulmones de aquel aire que le pareció como una especie de néctar de dioses que le volvía a la vida.

Todo cuanto había ocurrido le pareció absurdamente monstruoso. Sin embargo, se habían producido cuatro muerte. ¿Por qué?

¿Acaso existía en realidad el tesoro supuestamente hallado por Peter Vorson?

Era imposible que cuatro seres humanos hubiesen muerto por nada, se dijo. En tal caso, todo habría sido una sangrienta burla del destino.

De pronto, vio a lo lejos una luz.

El resplandor procedía de la casa. Olvidándose de lo sucedido por unos momentos, caminó a buen paso hacia el edificio.

Quizá Paulina corría algún riesgo. Quien había asesinado a Grant, podía sentir las mismas tentaciones con respecto a ella.

En todo caso, la joven debía enterarse de lo sucedido. Además,

llamaría a Wendell desde allí.

Apretó con fuerza la culata del revólver. Bishop y Sadie Sutts debían permanecer en «Endicott House» hasta la llegada de la policía.

Llegó a la casa después de una rápida carrera que, no obstante, refrenó en los últimos metros. Acercóse con precaución y miró por encima del antepecho de la ventana.

Nuevamente sintió horror y asco. ¡Se había producido otra muerte!

La postura de Sadie Sutts no dejaba lugar a dudas. Pero Kevin dejó de preocuparse por el ama de llaves casi en el acto.

Bishop y Paulina discutían sobre algo que no podía oír, debido a los cristales de la ventana. Sin embargo, Kevin se dio cuenta de que el escritor no parecía albergar buenas intenciones acerca de Paulina.

Era preciso actuar sin pérdida de tiempo; Rodeó la casa en silencio y alcanzó la entrada.

Tanteó el pomo de la puerta. Bishop debía estar muy seguro de sí mismo, ya que no se había molestado en echar los pestillos de seguridad. Cruzó el umbral y se dirigió hacia el estudio.

Al llegar a la puerta de la estancia, asió el picaporte con la mano izquierda y lo hizo girar lentamente. Luego abrió de golpe y dio un par de pasos en el interior.

En aquel instante, Bishop, quien sujetaba entre sus brazos a la joven, dejaba escapar una estentórea carcajada.

—¡Tu esposo ha muerto! ¡Y esta vez, de modo definitivo, absoluto! ¡Ya no saldrá jamás de su tumba!

—Se equivoca usted —dijo Kevin fríamente—. Manny Grant sigue con vida y ha hablado. Poco, porque aún se encuentra en mal estado, pero lo suficiente para acusarle a usted de haber intentado asesinarle.

Al oír aquellas palabras, Bishop se volvió con la rapidez del rayo. Paulina lanzó un agudo grito de alegría.

—¡Kevin!

El escritor dio un paso hacia Kevin, pero éste le encañonó resueltamente con el revólver.

—No se mueva de donde está o tiraré a matar —amenazó con voz firme.

Paulina se apoyó contra uno de los estantes de la librería. Las piernas se negaban a sostenerla.

—Apártate de ese asesino —ordenó el joven—. Ahora mismo vamos a llamar a la policía. Tendrá mucho que declarar, Bishop.

Los ojos del sujeto despedían fulgores de ira.

—Ha estado en el mausoleo —dijo.

—Así es. Y he podido ver que usted encerró a Manny en el ataúd, tapándole los orificios de ventilación. Pude llegar a tiempo —mintió descaradamente.

Bishop se movió ligeramente hacia su mesa de trabajo.

—¡Quieto! —gritó Kevin.

Era ya tarde. Bishop poseía una fuerza prodigiosa, y agarrando la pesada losa de arcilla cocida, la lanzó hacia adelante con tremendo ímpetu.

Kevin saltó a un lado, pero no pudo evitar que el improvisado proyectil le alcanzase en el hombro derecho. El impacto le hizo vacilar y caer, a la vez que el brazo le quedaba completamente entumecido.

Paulina lanzó un agudo alarido de espanto al ver que Bishop se abalanzaba sobre el arma caída. Kevin quiso evitarlo, pero el escritor le rechazó de un fenomenal puntapié que lo derribó nuevamente de espaldas.

A continuación, Bishop retrocedió un paso, amartilló el revólver y apuntó con él a Kevin.

—No voy a permitir que me ejecuten —dijo—. Ahora, usted. Luego, Manny..., ¡que esta vez sí se convertirá en cadáver! ¡Y luego...!

Una voz imperativa resonó de pronto. A Kevin le pareció la trompeta triunfal de un ángel.

—¡Alto, Bishop! ¡Suelte esa pistola inmediatamente!

El escritor se volvió lanzando un rugido de ira y apuntó con el arma hacia la puerta. El capitán Wendell fue más rápido.

Bishop emitió un terrible aullido al sentir en su pecho la quemazón del proyectil. Retrocedió un par de pasos, chocó contra la mesa y luego giró sobre sí mismo.

Las piernas se le doblaron y con sus últimas ansias de vida, quiso agarrarse a la mesa. De pronto, las fuerzas le fallaron y quedó hecho un ovillo en el suelo.

Paulina se volvió, a fin de no contemplar la escena. Kevin rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Capitán —dijo—, su llegada no ha podido ser más oportuna.

Wendell avanzó, seguido de Slayer y de Donald Lansher.

—Retiré el agente que tenía vigilando a la señora Grant, pero el amigo Lansher quedó en las inmediaciones. El me avisó por la radio que usted había venido a la casa y...

Alguien se quejó de pronto. Asombrados, todos los presentes volvieron la vista hacia un rincón de la estancia.

Sadie Sutts se agitó, volviendo a la vida. Abrió los ojos con expresión aún aturrida.

—Bien —agregó Wendell, satisfecho—, me alegro que esa mujer no haya muerto. Podrá contarnos muchas cosas.

Y avanzó hacia Sadie, en cuyo rostro la expresión de aturdimiento se había trocado por otra de pánico.

El capitán Wendell entró en el saloncito, donde Kevin hacía compañía a Paulina.

—Sadie Sutts lo ha dicho todo —manifestó.

Los dos jóvenes le contemplaron interesadamente.

—Su espeso, en efecto —continuó el policía—, mató a Vorson, aunque la realidad es que no tenía intención de hacerlo. Sin embargo, esa pareja le obligó a encubrir la muerte, presentándola como un accidente de tráfico. Pero después empezaron a presionarle y por dicha razón idearon la trampa del fallecimiento fingido.

»Le propinaron una droga tropical, que Vorson había traído como motivo de curiosidad, de su viaje a la América Central. Lannigan, no obstante, se dio cuenta de la ficción y pretendió obtener un saneado beneficio. Nuevamente Sadie y Bishop forzaron a su esposo a cometer el segundo crimen».

—¿Y Betsy Kyler? —preguntó Kevin.

—Temieron que, si la mujer hablaba, se descubriese todo antes de tiempo. Ignoraban que Vorson le había comunicado parcialmente su descubrimiento, pero al visitar a la señora Grant —escuchaban detrás de la puerta, claro—, se enteraron de que Betsy podía resultarles peligrosa. Por dicha razón decidieron suprimirla.

—Y Manny —dijo Paulina con voz sorda— fue nuevamente el ejecutor de los designios de esos malvados.

—Así es. Seguramente, la huella que encontramos en el mango de la navaja pertenecerá a su esposo, quien no debió limpiarla todo lo bien que pensaba.

—Lo importante es que Paulina ha quedado exculpada por completo —intervino Kevin.

—Desde luego —concordó el policía. Lanzó una sonrisa—. Cometieron todos esos crímenes por algo que; tenían delante de sus narices y no supieron ver sino hasta que resultó demasiado tarde.

Wendell se acercó a la mesa.

La losa de arcilla había sido rota por completo. En su interior, había un enorme plato de oro labrado, con docenas de piedras preciosas sin tallar, de todas clases y tamaños.

—Vale centenares de miles de dólares, en efecto —comentó—. Vorson lo encontró y se le ocurrió guardarlo dentro de esta tableta de arcilla que él mismo coció, después de haber hecho en el barro unos dibujes} y signos antiguos. De ese modo, pudo sacarlo de Méjico fraudulentamente..., pero el plato habrá de ser devuelto a su país de origen.

—Yo no lo quiero —dijo Paulina, estremeciéndose.

—Ahora me explico —musitó Kevin—. Betsy habló de una piedra..., pero no dijo más. Debía referirse a esta losa, que debía ser de carácter funerario.

—Es lo más posible —convino Wendell—. Bien, me llevo el plato; ya les llamaré a ambos en otro momento, a fin de ultimar los trámites necesarios.

Wendell abandonó la sala, dejándolos solos.

Hubo un momento de silencio. Luego, Kevin preguntó:

—¿Qué harás ahora, Paulina?

—No lo sé —respondió ella con triste sonrisa—. Tendré que abandonar «Endicott House» y ponerme a trabajar. Recordaré mis estudios y...

—Aún quedan varias semanas, antes de que venza la hipoteca —dijo él—. Voy a preocuparme muy seriamente de que vendas la propiedad y ganes encima algún dinero. Imagino que, después de todo lo ocurrido, no querrás seguir viviendo en esta casa.

Paulina se estremeció.

—No, desde luego —contestó.

—Es lo mejor que puedes hacer —aprobó Kevin, sonriendo—.

De todas formas, eres joven y acabarás por olvidar todo lo malo que has pasado.

—En eso confío, Kevin.

El joven hizo una corta pausa. Luego añadió:

—Bien, Paulina, éste no es el momento más adecuado, pero creo que puedes decírtelo, en virtud de nuestra antigua amistad. Me gustaría seguir viéndote con alguna frecuencia.

Ella le dirigió una hechicera sonrisa.

—Puedes visitarme cuando quieras —accedió, teniéndole la mano.

Permanecieron unos momentos juntos, con las manos unidas, mirándose a los ojos.

El silencio de ambos era elocuente. Los dos sabían que el tiempo convertiría aquella amistad en algo más sólido y duradero.

FIN



LA OSCURA SOMBRA DEL MIEDO

por

BURTON HARE

El ruso fue el primero en disparar. Un arma de gran potencia retumbó en la noche como un trueno, ahogando al viento y al mar y a la tierra toda.

Frank dio un salto, arrojándose sobre las dunas y disparando a un tiempo. El silenciador de su «Mauser» apenas si produjo un ligero *plop* por cada balazo.

Las armas de los agentes franceses entraron en liza también, concentrando su fuego contra los dos extranjeros que corrían apartándose de la lancha.

La pistola del primer ruso había enmudecido detrás del primer disparo. Las balas de Frank no le dieron tiempo a disparar por segunda vez.

Agentes de distintas nacionalidades ensarzados en una lucha sin cuartel

LA OSCURA SOMBRA DEL MIEDO

*Si es usted exigente, no deje de leer este
nuevo éxito de*

BURTON HARE

Dentro de siete días

POR CORRESPONDENCIA

los sistemas de mayor utilidad para la vida moderna

HE AQUI LOS MAS FAMOSOS CURSOS CCC

(con discos o sin discos)

(sin discos)

- INGLÉS práctico
- INGLÉS superior
- ENGLISH perfeccionamiento
- FRANCES práctico
- FRANCES superior
- FRANCAIS perfeccionamiento
- ALEMAN práctico
- ALEMAN superior
- DEUTSCH perfeccionamiento
- LATIN
- VASCUENCE
- SOLFEO
- ACORDEON
- GUITARRA cifra
- GUITARRA solfeo
- CANTO
- ARMONIA
- CULTURA FISICA mujer

(sin discos)

- CONTABILIDAD
- REDACCION COMERCIAL
- CALCULO MERCANTIL
- ADMINISTRADOR
- PREPARACION COMERCIAL

- ORGANIZACION ADMINISTRATIVA
- SECRETARIADO
- MECANOGRAFIA
- TAQUIGRAFIA
- CORRESPONSAL
- SEGUROS agente
- SEGUROS oficial administrativo
- SEGUROS auxiliar administrativo
- CULTURA GENERAL
- ORTOGRAFIA
- BACHILLERATO año 1.º
- BACHILLERATO año 2.º
- BACHILLERATO año 3.º
- BACHILLERATO año 4.º
- DIBUJO
- MATEMATICAS
- RADIOTECNIA
- RADIOMONTADOR
- TELEVISION
- TRANSISTORES
- JUDO
- MAÎTRE D'HÔTEL
- DETECTIVE PRIVADO
- LA MUJER Y SU CASA
- CORTE Y CONFECCION

CCC

APARTADO 100 - SAN SEBASTIAN

CENTRO AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

EN SU 26 ANIVERSARIO
te brinda:

- una auténtica y sólida experiencia
- la satisfacción de 500.000 alumnos
- la garantía y el prestigio del mejor y más acreditado Centro de enseñanza por correspondencia

REMITANOS ESTA TARJETA SIN TEMOR A COMPROMETERSE EN NADA

Regístrate
escritor
con claridad

Nombre _____

Edad _____ Profesión _____

Calle _____

Población _____ (Distrito _____)

Provincia _____

DESEO información GRATIS del curso o cursos _____

Nombre de la revista donde ha sido encontrado este folleto _____



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epi

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*
